

CARTAS DE SAN JUAN EUDES

I. CARTAS A LOS MIEMBROS DE LA CONGREGACIÓN DE JESÚS Y MARÍA

OC 10,383-490

1. A los sacerdotes del seminario de Caen

París, 9 de diciembre de 1643

Dejo al Padre Manchon el encargo de transmitir a ustedes las noticias. De mi parte les escribo sólo unas palabras para asegurarles que los llevo a todos muy dentro de mi corazón, con sin igual afecto y ternura. Todo esto no significa nada porque lo que debe alegrarles es que Nuestro Señor y su santa Madre los llevan en el suyo. Llevémoslos a ellos en el nuestro y esforcémonos para que en nosotros vivan y reinen mediante nuestra humildad verdadera y profunda, la caridad perfecta y cordial, el desprecio absoluto del mundo y de nosotros mismos y el puro amor a Dios. Así encontrarán ustedes la paz de sus almas y el paraíso en la tierra. Suplico a Nuestro Señor y a su santa Madre que nos hagan a todos según su corazón, en cuyo amor los abrazo a todos y a cada uno repitiéndome con todo mi afecto todo suyo.

JUAN EUDES, sacerdote de la Congregación de Jesús y María.

2. Al Padre Ricardo Le Mesle sobre un asunto del que se ocupó con éxito

1644 (?)

Alégrese de que la santa Virgen lo haya fortalecido, asistido y guiado hasta ahora en todo este asunto, y continúe agradeciéndole pues es muy evidente. Entre menos ayuda tenga del lado terreno mayor será la ayuda que tendrá del lado del cielo. Pongamos nuestra confianza en Nuestro Señor y en su santa Madre y abandonémonos a su santa voluntad, sin omitir nada de cuanto podamos hacer a favor de sus intereses. Aceptemos por su amor todas las contrariedades que se presenten y que él permite para justificar cada vez más, embellecer y enriquecer su alma y la haga más agradable a la divina Majestad.

3. A los Padres Ricardo le Mesle y Tomás Vigeon para invitarlos a venir para hacer sus promesas de Incorporación

Lion-sur-Mer, 23 de septiembre de 1646

Les encarezco que vengan aquí para realizar perfectamente su sacrificio y para permanecer con sus hermanos quienes los aman con ternura y desean vivamente que estén con ellos *ad convivendum et ad commoriendum*, en la vida y en la muerte. Saben bien ustedes que ninguno de los que miran hacia atrás, una vez que han puesto la mano en el arado, es apto para el reino de Dios. Acudan, pues, mis hermanos amadísimos, en el nombre de nuestro Señor y de su santísima Madre, y sean fieles al que los ha llamado; vengan sin tardar para que empleemos juntos lo que nos queda de vida en el servicio de nuestro amado Maestro, y para conquistarle almas rescatadas con el precio de su sangre. Tengan cuidado de que el tentador no los sorprenda y que el mundo no los seduzca; cierren sus oídos a la voz de la serpiente y ábranlos a la del cielo.

4. Al P. Mannoury, en París, sobre la misión de Bec-Thomas

Le Bec-Thomas, 24 de julio de 1647

Estamos en Bec-Thomas, con gran afluencia de gente; la misión aquí es en extremo necesaria. Fue grande el dolor al dejar a Nogent-le-Rotrou para venir aquí. Nunca he visto cosa semejante. Armémonos de valor, mi muy querido Hermano. Entre más cruces encontremos en los asuntos de Dios tantas mayores y abundantes son las bendiciones.

5. Al P. Mannoury en Roma, sobre la misión de Autun

Autun, 12 de diciembre de 1647

Llegamos el día de san Andrés, gozando de buena salud, gracias a Dios, luego de haber experimentado palpablemente cada día de nuestro viaje la asistencia muy particular de Nuestro Señor y de su santa Madre. Fuimos acogidos con grandes testimonios de afecto de la parte del señor Obispo, de los sacerdotes, de los magistrados y de todo el pueblo. Somos trece misioneros y pronto llegaremos a ser veinte. Si fuéramos ciento no daríamos abasto pues nuestro amado Dios derrama sobre esta misión bendiciones extraordinarias. Creo que permaneceremos aquí unos dos meses, o sea, hasta la fiesta de la Purificación. En seguida iremos a

misionar doce o quince días en Arnay-le-Duc, y de allí pasaremos a Beaume para la cuaresma.

6. Al P. Mannoury en Roma, sobre las dificultades que ha encontrado en sus gestiones para obtener la aprobación de la Congregación

7 de abril de 1648

Ánimo, mi querido hermano, sólo queremos la voluntad de Dios. De nuestra parte hagamos cuanto podamos en pro de los asuntos de nuestro amado Dueño y de nuestra querida Señora, y luego, abandonémonos en todo a su santa voluntad. Si nuestro momento ha llegado, todo el mundo junto no es capaz de resistir a lo que ellos quieran. Si todavía no ha llegado *expectemus Dominum, viriliter agamus et confortetur cor nostrum* (*Pongamos en el Señor nuestra esperanza, trabajemos varonilmente, y se confortará nuestro corazón* Sal 27, 14). Una cosa nos debe llenar de fortaleza y es que no nos es posible dudar de que ésta sea una obra de Dios, habida cuenta de las grandes y extraordinarias bendiciones que a él le place conceder a nuestros humildes trabajos. Por esto conocemos con evidencia que ellos proceden sólo de él y por consiguiente él no abandonará su obra... Lo hará en su tiempo y de la manera que sea más conveniente y mucho mejor de lo que podríamos desear. Nos toca sólo ser fieles y seguir nuestro camino con humildad, fortaleza y confianza.

7. Al P. Mannoury sobre la dependencia de la Congregación respecto de los Obispos

¿1649?

Nuestros bienhechores remueven cielo y tierra; han dicho bellezas contra nosotros al Obispo de Bayeux; que queremos establecernos por privilegio de Roma sin los obispos. Esto lo ha enojado y ha resuelto no tolerarlos más. Le escribí para defendernos de esta calumnia.

8. Carta al Padre Ricardo le Mesle para agradecerle los consuelos recibidos

(1649)

Le agradezco, en cuanto me es posible hacerlo, su caritativa carta cuya lectura me arrancó lágrimas al ver en ella la muy sincera y cordial caridad que Nuestro Señor le ha dado para conmigo, y la parte muy

especial que Usted toma en mis aflicciones. Le aseguro, mi muy querido hermano, que no existe en el mundo alguien que lo quiera tanto como yo lo hago. Usted ha sido el único entre todos mis hermanos que me ha dado consuelo en esta tribulación, la mayor que he tenido en mi vida¹.

9. A uno de sus hijos en misión en Gatteville sobre la sumisión a la voluntad de Dios

París, junio de 1650

Esperaba encontrarlo pronto en la misión de Gatteville, pero Nuestro Señor no me considera digno de ello y, a causa de mis pecados, me retiene aquí en mi Purgatorio de París, más tiempo de lo que yo pensaba pero no más de lo que hubiera deseado, pues gracias a su misericordia me hace el favor de no desear nada en el mundo sino hacer su muy santa voluntad; y puedo decirle con verdad que donde quiera que la encuentro, descubro en ella mi centro y mi paraíso. Por eso, París, que en otro momento era mi Purgatorio, es actualmente mi Paraíso, pues veo claramente que la divina Voluntad me ha hecho venir aquí y me retiene aquí todavía por unos días... No me importa donde esté ni lo que suceda, con tal de servir a mi Dios y cumplir su santa voluntad. Es cuanto debemos hacer en este mundo y solamente en eso debemos poner nuestro gozo.

10. A los sacerdotes de la Congregación en misión en Gatteville sobre la fidelidad que es preciso tener en los ejercicios de piedad

París, junio de 1650

Les ruego que los ejercicios que miran directamente a Dios, como el sacrificio de la Misa, el oficio divino, las oraciones de la mañana y de la noche, las del *Benedicite* y la Acción de gracias no se hagan jamás apresuradamente, bajo cualquier pretexto que sea, sino pausada, clara y devotamente.

Así, amémonos mutuamente, *no solo de palabra y con los labios*, como lo hacen los del mundo, *sino con obras y de verdad* (1 Jn 3, 18), como deben hacerlo quienes son en verdad hijos de Dios. Para que esta palabra del Espíritu Santo quede gravada en nuestro corazón y en nuestras palabras y acciones: *Humíllate en todo y encontrarás gracia en Dios, pues sólo al él le pertenece el poder, y es honrado por los humildes* (Sir 3, 20).

¹ Se trata de las innumerables penas que causó al P. Eudes la hostilidad de monseñor Molé, obispo de Bayeux, quien quería destruir la Congregación de Jesús y María

Gracias a Dios nuestros asuntos van bien. Prepárense para tres grandes misiones, Bernay, Pontoise y San Sulpicio. Ruego a Nuestro Señor y a su santísima Madre que nos preparen para cumplir sus muy santas voluntades. En el amor sagrado de su amabilísimo Corazón los abrazo una vez más, en unión de nuestros muy amados hermanos, los Padres Ameline, Delaunay, Paillot y los otros que están con ustedes; soy, mis muy queridos hermanos, más de ustedes que de mí mimo,

JUAN EUDES, sacerdote misionero.

11. A los misioneros de Gatteville, sobre la pena que experimenta por estar separado de ellos y sobre la divina Voluntad, que ellos deben considerar como su Madre

París, 9 de julio de 1650

J. M. J.

Mis queridos hermanos, de todo mi corazón los abrazo *en las entrañas de Cristo*. Estamos ya a 9 de julio y creo que no podré salir de París antes de quince días. Pierdo así la esperanza de verlos en la misión de Gatteville. Les aseguro que esta mortificación es una de las más grandes que he experimentado desde hace largo tiempo pues me parece que estoy separado no sólo de mi propio corazón y de mis mismas entrañas, sino de algo que me es todavía más querido, pues al decir verdad los amo más, a todos y a cada uno, que a mi propio corazón y a mis propias entrañas, y me parece que no hablo con exageración sino con toda sinceridad.

La voluntad adorable de Dios, que es nuestra madre, ha ordenado esta separación. ¡Sea por siempre bendita! La llamo nuestra amada madre, pues de ella recibimos el ser y la vida, tanto en el orden de la naturaleza como en el de la gracia. Ella nos debe gobernar y por nuestra parte debemos obedecerle y abandonarnos a su dirección con inmensa confianza, pues tiene un amor maternal para con nosotros. Les suplico, mis hermanos amadísimos, que la miremos, honremos y amemos como a nuestra muy amable madre y que pongamos nuestra principal devoción en aferrarnos fuertemente, de espíritu y de corazón a ella, para seguirla fielmente en todo y para obedecer todas sus órdenes *corde magno et animo volenti* (2 Mc 1, 3). Pongamos en ello toda nuestra gloria y nuestro gozo, y tengamos lo demás por pura locura.

Nada podemos contra la verdad, pero sí a favor de la verdad, dice san Pablo (2 Co 13, 8). Quiera Dios concedernos tantas gracias que podamos decir verdaderamente: *Nada podemos contra la voluntad de*

Dios, pero sí a favor de la voluntad de Dios: “Nada podemos, es decir, no podemos ni pensar ni decir ni hacer cosa alguna contra la divina Voluntad pero somos fuertes y poderosos para obedecerle en todo”.

Pero cuando llamo a la divina Voluntad nuestra madre, esto no impide que la santísima Virgen no sea también nuestra Madre. Porque la divina Voluntad la colma, la posee y anima de tal manera que ella es como su alma, su espíritu, su corazón y su vida, hasta el punto de que ella no es sino una misma cosa, si es posible hablar así, con la misma divina Voluntad. Así la muy preciosa Virgen es nuestra Madre y la divina Voluntad lo es también. Sin embargo no se trata de dos madres sino de una sola a la cual me doy y me abandono con todo mi corazón, con mis muy queridos hermanos, a fin de que viva y reine en nosotros, y que cumpla todos sus designios, según su manera y no según la nuestra, ahora y por siempre. Mis hermanos amadísimos, digan *amen*, pero díganlo de todo corazón, y que no sea solamente con los labios sino mucho más, con sus obras. Para que esto se cumpla, les ruego practicar fielmente lo que les he escrito en mi última carta. Les pido que la lean de nuevo todos juntos si todavía la conservan.

12. A los sacerdotes del seminario de Caen, para darles ánimo en medio de la persecución de que son objeto de parte del obispo de Bayeux, monseñor Molé, quien quería prohibir la capilla²

Coutances, 6 de noviembre de 1650

Espero que esta tormenta va a pasar y Nuestro Señor sacará de ella gran bien. El obispo de Coutances me manifiesta caridad y cordialidad extraordinarias. No les digo lo demás. Ustedes lo conocerán por sus efectos³. Continuemos a humillarnos ante Dios y a rogarle que cumpla los designios que se digna tener sobre nosotros. Por lo demás, por efecto particular de la Providencia me encuentro aquí en este tiempo. Permaneceré en esta ciudad todavía unos días no tanto por los asuntos que me han retenido aquí hasta el presente, sino por otra razón que les diré oralmente y por la que les ruego oran mucho a Nuestro Señor y a su santa Madre.

² En Los Anales, el P. Costil dice que el P. Eudes comenzaba su carta manifestando a sus hijos “la alegría que sentía al verlos firmes en medio de la tempestad que los amenazaba y los exhortaba a permanecer en silencio y paciencia, y en sumisión total a la divina Voluntad”.

³ San Juan Eudes hace alusión al próximo establecimiento de la Congregación en Coutances.

13. Al Padre Manchon en el seminario de Caen. Le señala la conducta que debe seguir si se llega a prohibir la capilla del seminario

Coutances, otoño de 1650

No se perturbe, mi muy querido hermano. Esta tormenta pasará. Si recibe alguna notificación no responda nada; diga que estando yo ausente usted no tiene nada que responder hasta mi regreso. Sin embargo, si se le ordena cerrar la capilla, ciérrela, y vayan a celebrar la misa donde puedan; infunda ánimos a nuestros hermanos y exhórtelos a humillarse ante Dios y a poner toda su esperanza en él y en su santísima Madre; que empleen el mayor tiempo posible ante el Santísimo Sacramento; envíe a algunos a Nuestra Señora de la Délivrande.

14. A uno de sus hermanos con ocasión de la admisión de un postulante a la probación

Fecha desconocida

Mi muy querido hermano, envíe a Coutances al joven del que me ha escrito, con tal que esté bien resuelto a renunciar por entero a su propia voluntad, a recibir las observaciones que se le hagan respecto a sus defectos, y a vivir y morir en la Congregación.

15. Al Padre Simón Mannoury en Coutances, a propósito de un postulante admitido a la probación

Corbeil, abril-mayo de 1651

Ponga sumo esmero en formarlos en el espíritu de Nuestro Señor. Es espíritu de desprendimiento y de renuncia a todas las cosas y a sí mismo; es espíritu de sumisión y abandono a la divina Voluntad que se nos manifiesta por las normas del Evangelio y por los reglamentos de nuestra Congregación, que son sólo expresión de las máximas evangélicas, y por las directivas de los que ocupan entre nosotros el puesto de Dios. Es espíritu de puro amor a Dios que nos inclina a no hacer nada sino para agradarle. Es espíritu de devoción singular a Jesús y María, a los misterios de su vida, y a los santos que les fueron más cercanos. Es espíritu de desprecio y de aversión al mundo que es el cuerpo de Satanás, y de todo cuanto el mundo ama. Es espíritu de amor a la cruz de Jesús, es decir, a los desprecios, a la pobreza y el dolor. Es espíritu de odio y horror por toda especie de pecado, que nos lleva a hacerle guerra sin cuartel, y a

aplastarlo en nosotros y en los demás. Es espíritu de humildad, de menosprecio, de aversión y anonadamiento respecto de nosotros mismos, según la palabra de *La Imitación de Cristo: Desea ser ignorado y tenido en nada* (Imitación, cap. 11, 39). Es espíritu de caridad fraterna y cordial hacia el prójimo, especialmente por los hermanos de la Congregación, y por los pobres; y de celo por la salvación de las almas. Es espíritu de virtud, para amar todas las virtudes y practicarlas sólidamente en el espíritu de Jesús como está explicado en el libro del *Reino de Jesús*, cuya lectura usted debe recomendar vivamente a los que están bajo su guía. Es espíritu de amor, de aprecio y de respeto por la Iglesia y por todo lo que le pertenece, como también por las órdenes religiosas. Debemos tener, en efecto, espíritu católico, es decir, universal, amplio, que honre y ame todo lo que es de Dios y para Dios, pues no debemos despreciar ni aborrecer nada fuera del pecado y de nosotros mismos. Finalmente, es espíritu de oración y de piedad, para hacer todas nuestras acciones en el espíritu, es decir, con las disposiciones con las que Nuestro Señor ha hecho las suyas.

Esmérese cuanto pueda por llenarse de este espíritu, con la gracia de nuestro Señor, y por comunicarlo a los demás mediante su ejemplo, sus oraciones, sus enseñanzas y meditaciones, lecturas y otros ejercicios. Pida, sobre todo, a Dios que le dé el espíritu de bondadosa paciencia, y procure hacerse querer, para ganar los corazones y para infundir luego en ellos lo que Dios nos conceda para este fin.

Conserve esta carta y léala de cuando en cuando.

16. Al Padre Mannoury en Coutances, sobre la misión de Corbeil

Corbeil, 18 de mayo de 1651

Todos los hermanos de Corbeil envían su abrazo a sus hermanos de Coutances. Nuestro querido Padre Jourdan sufre de fiebres. Estamos aquí en medio de un pueblo *de dura cerviz*, pero la misión terminará ganando unos cuantos.

17. Al Padre Mannoury sobre la misión de Bernay

2 de junio de 1651

Mañana salimos para Bernay a comenzar allí la misión el domingo. Me parece que es aconsejable que el Padre Saché venga a esta misión, pero hágale hacer antes tres días de retiro.

18. Al Padre Mannoury para pedirle obreros para la misión de Bernay

Bernay, junio de 1651

Le escribí para pedirle que nos enviara al Padre Saché pero usted nada me responde al respecto. Esta es una misión que empieza por donde otras terminan. Tenemos gran carencia de obreros. Me temía que no íbamos a tener cruces, pero Dios nos ha enviado una, pues nuestro muy querido hermano el P. de Montagu está enfermo desde el domingo en la mañana con una fiebre continua, y el Padre Jourdan está del todo ocupado atendiéndolo. Apresúrese a enviarnos al Padre Saché. ¿Y no podría privarse del Padre Le Mesle para que viniera a ayudarnos? Lo dejo a su criterio. Escriba al Padre de Saint-Gervais para rogarle encarecidamente que nos envíe algunos de sus buenos obreros para esta misión, pero adviértale que no nos mande sino aquellos que ya conocemos.

19. Al Padre Mannoury sobre la oportunidad de una misión en Coutances y sobre las concesiones que pueden hacerse a monseñor Molé, obispo de Bayeux

Verano de 1651

Escribí al obispo de Coutances para pedirle tuviera a bien permitirnos hacer ahora la misión de Coutances. Ruéguele que nos responda para comenzar lo más pronto posible. Hay cantidad de personas que la desean y sería muy conveniente que al comienzo de nuestra entrada en Coutances podamos prestar este servicio a Dios y a la gente...

Le ruego que no salga de París sin haber empleado y puesto en marcha, en cuanto posible, todos los medios que la Providencia de Dios ha puesto y pondrá en sus manos para ganar al obispo de Bayeux y a su señor P. Conceda al obispo de Bayeux todo lo que desea, menos que sea él quien nombre al superior del seminario, sino que acepte que sea elegido por la comunidad.

20. A los Padres del seminario de Coutances sobre la reapertura de la capilla del seminario de Caen

J. M. J

Caen, 15 de mayo de 1653

Hermanos míos, muy amados, muy queridos,

Bendito sea Dios, Padre de Nuestro Señor Jesucristo, Padre de las misericordias y Dios de todo consuelo que nos consuela en todas nueStras tribulaciones (2 Co, 1,4). ¡Alleluia! ¡Alleluia!

Nuestra capilla está abierta, y en ella celebramos la Misa. ¡Alleluia! ¡Alleluia! ¡Alleluia!

Fue abierta el martes último, pero el documento respectivo fue hecho y firmado el sábado, día de la fiesta de la aparición de Nuestro Señor resucitado a su santísima Madre.

¡Alleluia! ¡Alleluia! ¡Alleluia!

Ha sido efecto del poder incomparable y de la bondad inefable de nuestra muy amada Madre que ha querido diferir el desenlace de este asunto hasta el día de las mayores alegrías que tuvo mientras vivió en la tierra. Lo hizo cuando nosotros ya casi no pensábamos en ello, y luego de haber empleado en vano todos nuestros esfuerzos y los de nuestros amigos.

¡Alleluia! ¡Alleluia! ¡Alleluia!

Quiso esta Madre de misericordia servirse de la querida Madre superiora de la Misericordia de París⁴ para hacernos este favor, con el fin de hacernos ver que es efecto de su muy grande misericordia y que nosotros somos los misioneros de la divina Misericordia, enviados por el Padre de las misericordias para distribuir los tesoros de su misericordia a los miserables, es decir, a los pecadores, y para tratarlos con espíritu de misericordia, de compasión y de amabilidad.

¡Alleluia! ¡Alleluia! ¡Alleluia! ¡Alleluia! ¡Alleluia! ¡Alleluia!

¿Cómo vamos a pagarle a esta amable Madre? ¿Y cómo pagaremos a su Hijo amadísimo por quien todo nos es dado por el Padre del cielo? ¿Cómo pagaremos a este divino Padre que es la fuente primera de todos los bienes?

¡Que todos los ángeles y todos los santos bendigan por siempre a Jesús y María! ¡Que Jesús y María, con los ángeles y los santos, alaben, y glorifiquen al Padre eterno! Que todas las potencias y perfecciones de la Divinidad magnifiquen infinitamente al Padre, al Hijo, al Espíritu Santo: *Den gracias al Señor por su misericordia, por las maravillas que hace con los hombres (Sal 107, 8)*. Pero no basta. Les suplico, mis amadísimos hermanos:

1. Que para memoria y acción de gracias del favor infinito que Nuestro Señor nos ha hechos al venir a visitarnos y consolarnos con su divina presencia en el santísimo Sacramento, por medio de la Madre de

⁴ La madre María de la Santa Trinidad, fundadora de la Orden de Religiosas de la Misericordia, destinada a recibir a las jóvenes de la clase alta que no tenían la dote suficiente para entrar en otra Orden.

misericordia, tomemos la resolución de celebrar cada año la fiesta de su aparición a esta divina Madre y de la primera visita que le hizo una vez resucitado;

2. Que cada uno diga una misa votiva en honor de este misterio y que además cada uno diga siete misas, según su devoción particular, para agradecer a Dios y pedirle tres cosas: la primera, por todos los que se han opuesto a nosotros, que *no se les tenga en cuenta* (2 Tm 4, 16); la segunda, por todos nuestros amigos para que Nuestro Señor les recompense centuplicadamente todos los efectos de su caridad para con nosotros; la tercera, por nosotros, para que nos dé la gracia de hacer uso santo de sus favores y de comenzar a servirlo y amarlo de verdad, con la perfección que pide de nosotros, es decir, por la práctica de verdadera humildad, de obediencia exacta, de caridad cordial, de celo ardentísimo por la salvación de las almas, de amor puro a Dios y sobre todo de una perfecta sumisión y abandono a su divina voluntad.

3. Que en la oración al santísimo Corazón de nuestra Madre de misericordia, después de ***Ave, Cor beatissimum***, añadamos ***Ave, Cor misericordissimum***; y que en la oración ***Ave Maria, filia del Patris***, después de ***Ave Maria, Mater admirabilis***, añadamos el saludo: ***Mater misericordiae***; también en las letanías de Nuestra Señora, luego de ***Mater admirabilis***, añadamos ***Mater misericordiae***. Todo esto en memoria y acción de gracias de la misericordia que Dios nos ha hecho en esta ocasión mediante esta Madre de gracia y de misericordia; ofrezcámosle, y por ella a su Hijo, todos cuantos están en la miseria espiritual o corporal, especialmente los que están en la espantosa miseria del pecado; démonos a la divina Misericordia a fin de que nos anime con su espíritu hacia todos los menesterosos; que tengamos piedad de ellos y que hagamos todo cuanto podamos para asistirlos y consolarlos.

4. Que puesto que Nuestro Señor nos ha hecho la gracia de volver a su casa, y ya que tenemos la dicha de poseerlo en la santa Eucaristía, entremos en renovado deseo de tributarle y hacerle tributar en este sacramento todo el honor y el respeto que podamos; comportémonos en el templo con toda la modestia, reverencia y piedad posibles; no hablemos si no es por alguna necesidad, poco, y en voz baja; no toleremos en nuestros templos y capillas que los niños jueguen haciendo ruido, que los pobres pidan limosna, que entren perros, o que haya personas charlando o en posturas indecentes, comportándose de forma irreverente.

Entréguense todos a Nuestro Señor Jesucristo, y con todo el corazón, para entrar en estos sentimientos y para llevarlos a la práctica, por amor de nuestro amabilísimo Jesús y de su dignísima Madre.

En el amor sagrado de su santísimo corazón los abrazo a todos y cada uno, con el renovado deseo de servirles de todas las manera que pueda hacerlo. Dense el abrazo mutuo en ese mismo amor, *Corde magno et animo volenti*. Por ustedes me entrego enteramente a ellos, y todo a ustedes por ellos, en mi calidad de su muy indigno servidor; soy de ustedes su hermano afectísimo,

JUAN EUDES, sacerdote misionero
de la Congregación de Jesús y María.

21. Al Padre Ricardo Le Mesle, sobre sus persecuciones⁵

15 de junio de 1654

Agradezco con todo mi corazón a nuestro adorabilísimo Jesús y a su amantísima Madre por la cruz que han tenido a bien dispensarme. Es el único tesoro de la tierra, el bien soberano de los verdaderos hijos de Jesús y María, la fuente de toda bendición, la gloria y la corona, el amor y las delicias de los verdaderos cristianos. Hablo según el espíritu, y no según los sentidos.

Mi amado hermano, adoremos, bendigamos, alabemos, glorifiquemos y amemos con todo nuestro corazón la amabilísima voluntad de nuestro amado Dios que lo dispone todo de la mejor manera, y que sabe sacar gloria del mismo pecado, el cual es el mayor de todos los males. Digamos con la totalidad de nuestra alma: *Bendeciré al Señor en todo momento; no temeré lo que puedan hacerme los hombres*. Es cierto que si el Señor no construye personalmente la casa, en vano trabajan los que la quieren edificar; pero también es cierto que si el Señor por sí mismo no destruye la casa, en vano trabajan los que la quiere destruir. Después de todo, que se haga la voluntad de Dios. Él es el Señor, y se cumpla cuanto le plazca.

Seamos fuertes en el Señor y en el poder de su fortaleza, persuadidos de que nuestro trabajo no es inútil en el Señor. Arrojemos todas nuestras inquietudes en su regazo y él se ocupará de nosotros. Los que nos combaten no lo hacen a nosotros; lo hacen al Rey y a la Reina del cielo y de la tierra; ellos sabrán desvanecer todos sus planes cuando sea tiempo. Sin embargo, hagamos por nuestra parte todo lo que podamos por los asuntos de nuestro Señor, y permanezcamos en paz. No olvidemos orar mucho, como por bienhechores, por aquellos de quienes el Señor ha querido servirse para castigarnos.

⁵ Carta escrita con ocasión de las disposiciones hostiles que los adversarios del P. Eudes habían logrado infundir en el ánimo de Monseñor Servien, recientemente trasladado de Carcassone a Bayeux.

22. Al Padre Manchon, superior del seminario de Lisieux, sobre la muerte de la Hermana María des Vallées

Caen, 2 de marzo de 1656

J. M. J.

Mi muy querido hermano,

Jesús, el santísimo Corazón de María, sean siempre nuestro consuelo. Dios ha tenido a bien quitarnos lo que teníamos de más querido en el mundo, nuestra muy querida Hermana María. Murió el viernes 25 de febrero, a las doce y cuarto.

Nuestro mayor dolor ha sido que se nos privó de su cuerpo para enterrarlo en San Nicolás. Casi todos los canónigos querían que se enterrara en la catedral. Otros querían que fuera inhumada donde los dominicos, en la capilla del Santo Rosario. Pero el Padre de la Foulerie, que construyó una capilla de San José en la iglesia de San Nicolás, logró, por intervención del Padre d'Urville, pues no quería hacerlo por sí mismo, que fuera enterrada en dicha capilla. Y nosotros hemos quedado privados de semejante tesoro, lo que ha causado mucha tristeza a nuestros hermanos de Coutances, y a todos nuestros amigos, tanto en aquella ciudad como en ésta. La señora de Saint-Simon y la señora de Malherbe, tiempo atrás señorita de Pleimaret, hicieron cuanto estuvo a su alcance en esta coyuntura, pero todo fue en vano. El Gran Preboste se ofreció incluso para apoderarse del santo cuerpo mediante sus guardias y traerlo a nuestra iglesia; pero nosotros se lo agradecemos, temerosos de llamar la atención. Esta misma razón nos impidió quedarnos con el corazón a pesar de que hubiéramos podido hacerlo fácilmente. Nos ha dolido mucho posteriormente no haberlo hecho. Dios lo ha dispuesto así por razones que nos son desconocidas.

Desde hacía tres meses esta muerte había sido figurada y predicha de diversas maneras. Murió en medio de una gran paz interior y exterior, sin ninguna turbación interior, sin ningún esfuerzo o agitación exterior.

La enfermedad de que murió sólo duró veinte horas, durante las cuales mantuvo, casi hasta el final, su conocimiento. Durante ese tiempo habló poco no diciendo más que *sí, no, o así sea*, a lo que se le decía, y el santo nombre de Jesús que brotaba casi continuamente de sus labios. Recibió todos los sacramentos y nuestros hermanos de Coutances y yo no la dejamos sola durante sus últimas veinticuatro horas, y todos estuvieron

presentes en el momento de su muerte, alrededor de su lecho, pues la habitación estaba llena de gente.

No olvidé, querido hermano, encomendarlo a su oración, antes de su muerte, como también a todos nuestros hermanos; me aseguré que tendrá cuidado de usted y no lo abandonará. Yo la escuché tres veces en confesión en estos últimos ocho días; investigué y examiné cuidadosamente su vida, y puedo asegurar con entera verdad, que no encontré el más mínimo pecado venial en esta vida de sesenta y siete años. Sin embargo no hay que dejar de elevar por ella las oraciones ordinarias, según lo ordena la Iglesia. En nuestra casa recitamos todo el Oficio de difuntos y hemos cantado tres misas, a saber, del Espíritu Santo, de Santa María y de Difuntos. Aquí, en el seminario de Caen, haremos otro tanto; le ruego que ustedes hagan también lo mismo. Además, en todas nuestras casas, diremos sesenta y siete misas con las siguientes intenciones: 1. Para honrar todos los designios de Dios sobre la Hermana María, y de todo cuanto él es en ella; 2. En acción de gracias de todos los favores que le hizo y que por ella nos ha hecho; 3. En satisfacción y reparación de todas las faltas que hayamos cometido en este punto; 4. Para que se cumplan todas las voluntades de Dios en esta obra; 5. Para pedir a su divina Majestad que nos conceda participar de su espíritu que es espíritu de odio extremo al pecado, de amor muy puro a Dios y de desprendimiento entero de sí mismo y de todas las cosas, de sumisión total a la muy adorable voluntad de Dios, de amor ardentísimo por la cruz y de desprecio grande de sí mismo, de odio irreconciliable por los honores, de afecto muy particular al desprecio, la confusión, y la ignominia, pero sobre todo de incomparable caridad, bondad, amabilidad y mansedumbre para con el prójimo, que hacía que ella tuviera sumo cuidado de no ir a contristar o a enojar a nadie, sino más bien contentar y regocijar a cada uno en cuanto le fuera posible. Tenemos que tratar de imitarla sobre todo en esta virtud, y en su humildad, sencillez y sinceridad. Ruego a todos nuestros queridos hermanos tener gran cuidado de pedir a Dios estas virtudes y esmerarse mucho por practicarlas. Por lo demás, las intenciones antes dichas y estas sesenta y siete misas no impedirán que se digan igualmente por las intenciones principales según comprobante de la sacristía. No olvido tampoco a la señorita Obègne (*Nota: Benefactora del seminario de Lisieux*).

Saludo muy afectuosamente, abrazo de todo corazón a todos nuestros queridos hermanos. Escriban por favor una carta a los de Coutances. Los dejé llenos de pesar, en particular el Padre de Montagu,

pero me vi obligado a venir aquí debido a un asunto urgente e importante acerca del cual les escribiré pronto.

Saludo con toda mi consideración y afecto al Padre le Promoteur, y soy *corde magno*,

Su muy querido hermano,

JUAN EUDES, sacerdote misionero.

Olvidaba decirles que casi todos los habitantes de Caen dicen públicamente que la Hermana María es una santa, incluso quienes la menospreciaron durante su vida.

23. A la comunidad de Lisieux sobre la muerte del Padre Le Duc

Lingèvres, 18 de abril de 1656

La muerte de nuestro bueno y muy amado hermano, el Padre Le Duc, nos causa un pesar muy sensible, pues un buen sacerdote es un tesoro inestimable en la Iglesia, y su privación no puede menos de ser muy lamentada. Era excelente obrero a quien Dios había dotado de excelentes cualidades, y pocos son los que se le parecen. Pero Nuestro Señor y su muy santa Madre, que son los verdaderos superiores de nuestra Congregación y tienen mayor interés por ella que nosotros mismos, sabían todo esto; sin embargo han tenido a bien llevárselo con ellos y nada hacen que no sea lo mejor. Me consuela que su muerte haya ocurrido durante el tiempo del Jubileo, en Semana Santa, y mientras trabajaba en la salvación de las almas.

24. Al Padre Mannoury en Lisieux sobre diversos asuntos que interesan al colegio de Lisieux y a las religiosas de Nuestra Señora de Caridad.

Coutances, 20 de julio de 1656

Mi muy querido hermano,

Jesús, el muy santo Corazón de María, sea el nuestro por siempre.

Envié su carta al Padre Manchon y le rogué que le responda acerca del testamento del Padre Le Promoteur. Si él no lo ha hecho, pienso por mi parte que hay que evitar el proceso más que la peste, y preferir tener menos, incluso perderlo todo, antes que querellar, a menos que se entre

en el proceso incidentalmente y no como parte principal, y que se esté bien seguro de ganar.

En cuanto al colegio este es mi sentir: Padre Marion para primero; Padre de Longval para segundo; Padre Saché para tercero; Padre Franco para quinto: Padre Doucet, prefecto de los pensionados; P. Dudy, prefecto del colegio; o también el Padre Yon para primero; P. Marie para segundo y el resto según lo dicho antes, de suerte que, por este medio, sacaríamos al P. de la Haye y el Padre de Longval del colegio para destinarlos a otras cosas. Pero todavía no hable de este proyecto; simplemente dígame lo que piensa, y yo dialogaré con el Padre Manchon.

Estoy muy contrariado por el descontento del P. de Langrie; ¿pero qué hacer? Si me dejara llevar de mis sentimientos tendría sobrados motivos para abandonar esa casa; pero tenemos que olvidarnos y no considerar sino a Nuestro Señor y a su santa Madre, y hacerlo todo por su amor. Dios permite todo esto por bondad para con nosotros, a fin de protegernos de la vanagloria y de la vanidad que quizás nos harían perder todo el fruto de nuestro trabajo.

No se me ha citado sobre el caso del P. de Saint-Julien. Sucedió antes de que yo hubiera oído hablar. Ignoro si vino de él solo, o de él y de la Madre juntos; pero no creo que haya venido de las jóvenes. Es muy cierto que esa buena Madre no quiere contar con nosotros. Tengamos paciencia y abandonémonos a la divina Providencia, y sigamos por nuestro camino sirviendo siempre esa casa en cuanto nos es posible, por el amor de Nuestro Señor y de su santa Madre. Hablé con la Madre y le escribí desde aquí, que es necesario enviar expresamente a Roma a alguien, pero no me responde nada sobre ese punto. Es cierto que el camino escogido por el Padre Saint-Julien no es bueno y que no terminará bien. Todo esto lo he escrito al Padre de Langrie y le he pedido que nos sea benevolente. Espero ir dentro de cierto tiempo a Caen y me encontraré con el Padre de Saint-Julien para hacerle conocer mis razones y le rogaré que nos reunamos para resolver lo que sea mejor.

Escribo al Padre de Langrie para decirle que escoja de las cosas de la Hermana María de Vallées ropa empapada en su sangre o una medalla que llevó mucho tiempo en su cuello, o que diga qué desea y yo se lo daré de todo corazón si está en mi poder hacerlo.

Usted ha usado de mucho rigor con la pobre oveja; hay muchas razones para que ella pueda hacer eso. Le escribo para que lo haga sin temor.

Abrazo a todos nuestros queridos hermanos y saludo a todos nuestros amigos, en particular a nuestra amada señorita Ozenne, y soy de todo mi corazón, mi muy querido hermano, todo suyo,

JUAN EUDES, sacerdote misionero.

25. A los directores del colegio de Lisieux, sobre su tarea y su conducta

Caen, 15 de octubre de 1657

Que Jesús, el santísimo Corazón de María, sea su corazón, su espíritu y su fortaleza en la tarea que desempeñan y en la obra que ustedes comienzan por su amor, en la diócesis de Lisieux. Es tarea muy importante. ¡Es la obra de Dios y de Jesucristo pues tiene que ver con la salvación de las almas! ¡Es la obra de la Madre de Dios, de los Apóstoles y de los más grandes santos! Es una misión de muy grande consecuencia, a la cual, Jesús, el soberano Misionero, los envía y les dice: **Como mi Padre me envió, así los envío yo** (Jn 20, 21).

Ustedes van a realizar esta misión en niños en los que van a poner los fundamentos del reino de Dios, y en los que hay muchos menos obstáculos, de ordinario, a la gracia divina que en las personas adultas.

Misión en niños, que son hijos de Dios por el bautismo, que han costado la sangre del Hijo de Dios, que fueron creados para ver la faz de Dios, poseerlo y bendecirlo eternamente; en niños que son tan amados del Padre celestial que dio a cada uno de ellos un príncipe de su corte para que hagan de ángeles de su guarda y en cierto modo estén a su servicio: **todos ellos espíritus al servicio de Dios, enviados en ayuda de los que han de heredar la salvación** (He 1, 14); finalmente en niños por los que nuestro amado Jesús tuvo mucho amor y ternura, y de los cuales dijo: **permitan a los niños acercarse a mí y no se lo prohíban, pues de los que son como ellos es el reino de los cielos** (Mt 19, 14).

Ponderen seriamente todas estas verdades, mis muy queridos hermanos; harán que agradezcan a Dios por la señalada gracia que les ha hecho de ejercer tan santa misión y de empeñarse de todo corazón en servirse de todos los medios que les sean posibles para hacerla bien.

Para esto ustedes deben:

1. Tener en su corazón una purísima intención de no buscar cosa distinta de la gloria de Dios en todo lo que hagan.
2. Tener una decisión fuerte de aportar toda la diligencia posible para enseñar a los niños, en primer lugar, la ciencia de la salvación, y en segundo lugar las letras humanas.

3. Conservar y acrecentar en ustedes el espíritu de piedad y de virtud para evitar este reproche: ***enseñas a los otros pero a ti mismo no te enseñas*** (Ro 2, 21); y para imitar al Salvador y cumplir en ustedes estas palabras: ***Empezó por hacer y enseñar*** (Hechos 1, 1). Les ruego por tanto que observen fielmente, por amor a su santa Madre, lo que sigue:

-que nunca falte una hora de oración en la mañana, todos juntos, ante el Santísimo Sacramento, excepto los directores y prefectos, que sólo harán media hora en los días de clase, y una hora en los demás días;

-que los sacerdotes celebren todos los días la santa Misa, previa preparación, con gran atención y recogimiento al decirla, y una acción de gracias no precipitada, luego de celebrarla; y que los que no son sacerdotes la oigan y la ayuden como ministros todos los días con las disposiciones interiores y exteriores requeridas;

-que se hagan las comuniones, con piedad, en los días acostumbrados;

-que cada uno se confiese siempre con el confesor que le sea asignado;

-que los directores tengan sumo respeto y sumisión al rector que les sea dado, y que él tenga gran caridad, bondad y atención con ellos.

-que cada uno haga cada día un cuarto de hora de lectura espiritual en la Sagrada Escritura, y en el recreo de la tarde cada uno traiga a colación un pasaje de ella en la conversación; y que los dirigentes la hagan en el santo Evangelio, para aprender las principales máximas e imprimirlas en el corazón de los estudiantes;

-que la conferencia espiritual y la humillación se hagan semanalmente de la manera acostumbrada;

-que todos los sábados, en honor de la humildad de Nuestro Señor y de su santísima Madre, haya dos que vayan a la cocina para lavar parte de la vajilla;

-que cada semana se traiga a un pobre a comer con la comunidad;

-que se observe exactamente el silencio en los lugares y horas prescritos;

-que fuera de los tiempos de recreación no se pierda el tiempo conversando unos con otros;

-que nadie entre en la habitación de otro sin permiso o necesidad; y que nadie permita a los estudiantes, pensionados o internos, entrar a la suya;

-que no se coma nunca fuera del comedor, excepto en caso de enfermedad; ni fuera del tiempo de las comidas, menos por necesidad y con permiso; ni en la ciudad sino raramente y con licencia;

-que la uniformidad sea observada cuidadosamente en el beber y en el comer, en el vestido y en todas las cosas;

-que toda singularidad y propiedad sea desterrada de la comunidad como peste muy perniciosa;

-que no se reciba nada de parte de los estudiantes ni de nadie, para apropiarse de ella, sea dinero para misa, sea ropa, vestidos, mantequilla, frutas, etc., pero que se ponga de inmediato en manos del superior o del ecónomo;

-que no se dé ni se preste nada de la comunidad sin permiso del superior, so pena de ser considerado y castigado como autor de robo, como en el caso precedente:

-que la caridad y la cordialidad fraterna sea observada cuidadosamente, y que cada uno cuide de no herirlas con palabras o de otra manera; y si sucede algo contrario, que no se deje pasar el día sin reparar su falta y sin reconciliarse con su hermano;

-que se ponga en conocimiento del superior, por espíritu de caridad, las fallas de los particulares, que no puedan ser remediadas por otros medios; y que se esté dispuesto a ser advertido también de los defectos propios, y a recibir las advertencias con espíritu de humildad y de sumisión, sin excusarse ni justificarse; y que se evite más que la peste los altercados, y que para esto, se esmere cada uno en renunciar a su propio parecer;

-en cuanto a los estudiantes, que los dirigentes tomen cuidado de inculcarles lo siguiente: 1. gran respeto para los lugares sagrados, los sacramentos y todo lo que concierne a lo religioso; 2. gran amor a Nuestro Señor Jesucristo; 3. devoción especial a la santa Virgen; 4. obediencia perfecta a sus padres; 5. gran caridad de unos con otros; 6. gran temor de la vanidad y del orgullo, y ardiente afecto por la humildad; 7. vergüenza extrema de toda suerte de pecado; 8. entera resignación en todo a la santa voluntad de Dios. No hablo del horror que es preciso infundirles de todo lo es que contrario a la pureza, así como la diligencia particular que es necesario emplear para enseñarles a ayudar la Misa;

-que cada uno honre a sus superiores como a quienes representan la persona de Nuestro Señor Jesucristo, y que se esfuercen por renunciar enteramente a su propia voluntad más que a todos los demonios del infierno, para seguir en todo y por todas partes la muy adorable voluntad de Dios que les es manifestada por la mediación de sus superiores y por las órdenes de la comunidad;

-sobre todo que se ponga todo empeño en conocerse, para aprender a tenerse en menos y a humillarse en todo, pues nada hay más importante y necesario para agradar a Dios, para servirlo y para llegar a la perfección.

º Por lo demás, tengan en cuenta todo lo que hay verdadero y noble, justo y puro, amable y loable, virtuoso y recomendable, todo lo que han aprendido y recibido; pónganlo en práctica y el Dios de la paz estará con ustedes (Fp 4, 8-9).

26. A los sacerdotes de la Congregación en misión en Honfleur. Acción de gracias por la confirmación del seminario de Caen, concedida el 2 de diciembre de 1657 por monseñor Servien, obispo de Bayeux

Diciembre de 1657

Monseñor ha escrito letras patentes muy auténticas que confirman las cartas del rey y de monseñor d'Angennes, y ha hecho registrar todo esto en su secretariado de Bayeux, en la oficina de la oficialidad de Caen y en los archivos eclesiásticos. Ordenó en consecuencia que el párroco de San Julián de Caen publicara en voz alta esto por doquier y que, el domingo pasado, enviara por escrito avisos a todos los predicadores a fin de anunciar a todo el mundo la confirmación del establecimiento del seminario de Bayeux en nuestra casa y que la ceremonia tuviera lugar en nuestra capilla el mismo día, con toda la solemnidad posible; todo esto se realizó. Cantamos una misa mayor en la mañana y vísperas después del medio día muy solemnemente. El párroco de San Pedro, canónigo de Bayeux, vino expresamente, por solicitud del vicario general y mía, a presidir el oficio.

El Padre Larderat me pidió que escribiera, de parte de Monseñor, al presbítero de Brissac para solicitarle que predicara; pero no habiéndole sido posible, el Padre rector de los Jesuitas ocupó su puesto e hizo un muy hermoso sermón. Vino tanta gente a nuestra casa durante todo el día que, aunque nuestra capilla hubiera sido tan espaiosa como la iglesia de la abadía de San Esteban, hubiera estado llena. Benditos sean Nuestro Señor y su santa Madre que son los verdaderos y únicos autores de esta obra, pues de nuestra parte nada hicimos, ni por nosotros mismos ni por otros para pedirlo a monseñor de Bayeux. Por el contrario fue poderosamente requerido por una Congregación⁶, a la que está unido por especial amistad desde hace varios años, la cual hizo cuanto pudo por impedirlo, así como varias otras personas que le ofrecían grandes ventajas para su seminario, y que nada omitieron de cuanto podían hacer, por sí mismos y por sus amigos, para inducirlo a separarse de nosotros y vincularse a ellos; y sin embargo resistió por su propio movimiento a todas esas presiones, y luego de haber roto con todos los otros, escogió para confiar su seminario a estos insignificantes que somos nosotros. ***Derribó a los potentados de sus tronos y exaltó a los humildes*** (Lc 1, 52)..

⁶ Se trata de la Congregación del Oratorio. Testigo de ello el mismo Batterel en su Vida del P. Eudes.

Es cierto que el Padre Larderat y el Padre Julián trabajaron mucho en este asunto; pero lo hicieron por la inspiración que Dios les dio y sin que alguien les hubiera rogado hacerlo.

Entremos, pues, todos en sentimientos de profunda humildad a la vista de tantos favores; demos gracias a Dios de todo corazón, y en la debida medida también a la santa Virgen, a san José, a los otros patronos de la Congregación y a todos los santos obispos de Bayeux.

Hemos resuelto emplear la octava de Navidad en acción de gracias y exponer el Santísimo Sacramento en nuestra capilla, los tres primeros días, según el permiso que nos ha acordado el Vicario general, e invitar a todos nuestros amigos para adorar y agradecer a Nuestro Señor unidos a nosotros.

Durante esos ocho días, diremos misas los cuatro primeros días, según el ordo de la Iglesia, para honrar a la santa Trinidad, a Nuestro Señor Jesucristo, al Espíritu santo y a la santa Virgen; el quinto, en honor de los santos ángeles; el sexto en honor de san José, de san Juan Evangelista, de san Joaquín y de santa Ana; el séptimo, en honor de los santos apóstoles, mártires, sacerdotes y levitas, vírgenes, Santos Inocentes, obispos de Bayeux, y de todos los santos; el octavo en honor de Nuestro Señor y de su santísima Madre.

Añadiremos tres intenciones: la primera, por monseñor el obispo de Bayeux y por aquellos de los cuales Dios se ha servido para cumplir su santa voluntad en este asunto; la segunda, por todos aquellos que se han opuesto a este proyecto; y la tercera, para obtener todo lo que sea necesario para hacer bien cuanto se nos pide.

Además, recitaremos todos los días un rosario que será compartido por nosotros; y todas las noches el *Te Deum* y un *Sub tuum praesidium*.

Dejo a la devoción de ustedes hacer lo que puedan pero me gustaría saber qué hicieron...

Lo tercero que les recomiendo es que, para conocer lo que Dios nos pide en esta ocasión, íntimamente convencidos, recuerden que la Congregación ha sido establecida por Dios en su Iglesia, y que les dio la gracia de ser llamados a ella para tres fines:

El primero, para darles los medios de alcanzar la perfección y la santidad requeridas para el estado eclesiástico.

El segundo, para trabajar en la salvación de las almas mediante las misiones y las demás funciones del sacerdocio. Esta fue la obra de los apóstoles, la obra de Nuestro Señor, tan grande y divina, que podemos pensar que no existe nada que pueda ser más grande y más divino: *divinorum divinissimum*.

Sin embargo, hay una que las supera a todas y es trabajar en la salvación y santificación de los eclesiásticos, porque es salvar a los salvadores, dirigir a los que dirigen, enseñar a los que enseñan, apacentar a los apacientan, iluminar a los que son la luz del mundo, santificar a los que son la santificación de la Iglesia, y hacer en la jerarquía de la Iglesia lo que los serafines y los querubines hacen en la patria celestial. Este es el tercer fin que Dios se propuso al establecer en la Iglesia nuestra pequeña Congregación y para el cual nos ha llamado con misericordia inescrutable, de la que somos infinitamente indignos. Quiere poner en nuestra manos lo que tiene de más precioso, la más ilustre porción de su Iglesia, lo que él quiere más que la niña de sus ojos, el corazón de su cuerpo místico, es decir, los eclesiásticos; es la familia santa de la que él quiere que nosotros nos preocupemos y que la dirijamos.

Juzguen entonces, nuestros muy queridos hermanos, cuanta perfección nos pide. Él quiere que los sacerdotes sean modelo y ejemplo para los fieles, pero quiere que nosotros seamos modelo y regla de los sacerdotes.

Humillémonos ante todas estas cosas tan grandes: reconozcamos nuestra indignidad e incapacidad infinitas para semejante tarea. Entremos por tanto en gran desconfianza de nosotros mismos, pero, al mismo tiempo, tengamos gran confianza en el que nos llama, porque él tiene gracias muy poderosas para darnos, proporcionadas a nuestra vocación, y con su gracia todo lo podremos. Entremos también en gran deseo de no poner impedimento y dispongámonos a recibirlas. Para esto, tomemos nueva resolución y démonos a él fuertemente para hacer santamente todas las funciones eclesiásticas, para ejercer fielmente todos los oficios que tenemos en la comunidad, para ejecutar puntualmente todas las órdenes, para obedecer exactamente a nuestros superiores, para amarnos cordialmente unos a otros, y sobre todo para humillarnos continuamente en todo.

Con referencia a los eclesiásticos que Dios no envíe dispongámonos a hacer tres cosas: 1. Darles siempre buen ejemplo de piedad, de modestia y de toda clase de virtudes; 2. Recibirlos y tratarlos con gran caridad, cordialidad, urbanidad, honestidad, amabilidad y bondad, y no omitir nada de cuanto podamos hacer para formarlos y modelarlos en todo lo que tiene que ver con la vida, las costumbres y todas las funciones clericales. 3. Orar mucho por ellos, en nuestras misas y en las otras oraciones, a fin de que Dios les conceda el verdadero espíritu eclesiástico.

Mis muy amados hermanos, ahí tienen lo que Dios pide de nosotros; son cosas grandes y sobrepasan enteramente nuestra

capacidad; pero: *Estén atentos, permanezcan fuertes en la fe, obren con valor y apóyense en el Señor, y en la fuerza de su poder (2 Cro 32, 7)*

Ruego a nuestro amadísimo Jesús y a su dignísima Madre que cumplan en nosotros de manera perfecta sus muy santas voluntades.

En el amor sagrado de su muy santo Corazón, con toda verdad, sin reserva y para siempre, abrazo a todos y a cada de ustedes en particular, con todo respecto y afecto. Soy, mis muy queridos y venerados hermanos, su muy indigno servidor,

JUAN EUDES,
Sacerdote misionero de la Congregación
de los seminarios de Jesús y María

27. Al superior de una de sus casas sobre el precio de las humillaciones a propósito de una ordenación que edificó a toda la ciudad de Caen

1658

Entre todas estas ventajas he reconocido claramente que el tiempo de las humillaciones, las tribulaciones, las angustias y las cruces es un tiempo mucho más deseable, amable y ventajoso, más útil y más precioso que el de los aplausos, las alabanzas y las consolaciones; recibamos ambos de la mano de Dios y esforcémonos por hacer su muy santa voluntad.

28. Al Padre Dupont, superior del seminario de Coutances. El P. Eudes le recuerda que hay que preferir las ocupaciones de la comunidad a las obras exteriores y poner toda la confianza en Jesús y en su santísima Madre

1658

Haré cuanto esté a mi alcance para enviarle alguien que le ayude en las funciones de la comunidad. Sin embargo, estando las cosas como me las presenta, el Padre Yon debe permanecer en la casa, si es necesario, para ayudar a confesar y a cantar vísperas. Hay una máxima que se debe observar: las cosas de la comunidad deben preferirse a todo lo que se puede hacer en el exterior. Por tanto, si usted juzga que él sea necesario en la casa, haga que desista de sus predicaciones fuera.

Su carta me traería congoja si yo no supiera que tenemos un muy buen Padre y una muy buena Madre, que todo lo disponen en cielo y tierra, y que, hasta el presente, han provisto con inmensa caridad a todas nuestras necesidades, y lo seguirán haciendo siempre, si nos esmeramos en servirles y ponemos toda nuestra confianza en ellos: *Encomendemos a ellos todas nuestras preocupaciones, porque tienen cuidado de nosotros.*

29. Al Padre Dupont, superior del seminario de Coutances sobre la obediencia

2 de noviembre de 1658

Conozco bien la prudencia de que Dios lo ha dotado, y la sinceridad y rectitud de sus intenciones. Pero es necesario que usted y los demás superiores de nuestras casas toleren que yo les repita mis pensamientos en las ocasiones en que, creo, estoy obligado a hacerlo. Si les propongo cosas en las que encuentran dificultades, pueden escribírme con sencillez y sumisión; pero luego deben acatar la instancia renovada que les haga al respecto, sin aferrarse a esto o aquello. Cada uno debe tener la libertad de escribirme lo que juzgue necesario para el bien de la casa.

30. Al Padre Dupont, superior de Coutances, sobre la adquisición de un lugar para construir el seminario de Caen en la plaza de Petits-Prés

16 de diciembre de 1658

El asunto de la plaza de Petits-Prés ha sido felizmente concluido. El contrato está hecho y fue firmado por todos. La mano todopoderosa de Nuestro Señor ha obrado esta maravilla. ***Dios lo ha hecho y es admirable a nuestros ojos*** (Sal 118, 23). Ruego a todos nuestros queridos hermanos agradecérselo y también a su santa Madre; pidámosle que suscite ahora a algunos para construir allí una iglesia en honor del santísimo Corazón de la santa Madre de Dios.

31. A los sacerdotes del seminario de Lisieux sobre el rechazo de recibir al Padre Bernard como superior

Enero o febrero de 1659

Mis muy queridos, muy amados hermanos,

Ustedes saben que todos los sacerdotes, en especial los misioneros, están obligados a practicar todas las virtudes con tanta perfección que sean modelos de santidad para todos los fieles. Ustedes saben por consiguiente, que deben tener obediencia ciega a todas las órdenes de sus superiores.

Si así lo hubieran practicado habrían hecho algo muy del agrado de Nuestro Señor y de su santísima Madre, de mucho provecho para sus almas, y de gran consuelo para mí. Pero si ustedes no han tenido la

suficiente virtud para hacerlo; al menos hubieran debido contentarse con exponerme sus sentimientos con espíritu de humildad y de sumisión.

Si yo les hubiera enviado al último de nuestros hermanos coadjutores para que los presidiera, hubieran debido someterse a él, siguiendo el ejemplo de Nuestro Señor que se sometió, por amor de ustedes, a Herodes, a Pilatos, a los verdugos que lo crucificaron, y al poder de las tinieblas. Les envié un hombre que es uno de los más antiguos de nuestra Congregación, muy prudente, virtuoso y caritativo, y ustedes me lo menosprecian, lo rechazan, y, por consiguiente, censuran al superior de la Congregación por haberlo escogido, prefiriendo su parecer al de él. Pero lo que es peor, uno de ustedes me escribe en nombre de todos que esto equivale a exacerbar a todos hasta el extremo de que renuncia a la economía, y de que los demás amenazan con retirarse y salir de la Congregación. ¿Qué clase de lenguaje es ese? ¿Hablan ustedes como sacerdotes y misioneros? ¿Dónde está la humildad, la sumisión, la abnegación de sí mismos, de su propio parecer y de su voluntad propia? ¿Es ese el fruto de tantas meditaciones, de tantas lecturas espirituales y de tantas misas?

Mis queridos hermanos, abran sus ojos y vean los pecados que han cometido:

1. Ustedes han resistido a la santísima voluntad de Dios, manifestada por quien ante ustedes ocupa su puesto;
2. Ustedes han afligido y contristado a su pobre padre que los ama más que a sus entrañas;
3. Ustedes han despreciado a su hermano y le han inferido notable injuria, ¿pues por quién será tenido él en adelante en la Congregación? Si yo siguiera sus puntos de vista él sería un hombre del todo desacreditado y marginado; y esto podría hacerlo salir de la Congregación;
4. Ustedes han hecho un grandísimo mal a la Congregación por el pernicioso ejemplo que han dado, de consecuencias peligrosas. Porque cuando el superior de la Congregación envíe a una casa un superior que no sea del gusto de un ecónomo o de cualquier otro, diría éste de inmediato que renuncia a la economía o amenaza con salirse. Finalmente, mis queridos hermanos, es ponerme un puñal en la garganta para forzarme a seguir sus inclinaciones; es hundírmelo hasta el corazón, pues me causa dolor muy sensible el comprobar tan poca virtud en ustedes, sabiendo, como les escribía, que era por poco tiempo.

Ojalá todas estas consideraciones los lleven a reconocer sus faltas, a humillarse a causa de ellas, a pedir perdón a Dios, a nunca más hacer

cosas semejantes y a someterse de todo corazón a la adorabilísima voluntad de Dios que les es manifestada por quien ocupa su puesto.

De todo corazón soy, mis muy amados hermanos, enteramente suyo,

JUAN EUDES
sacerdote misionero

32. Al Padre Manchon, superior de Ruan, sobre la conducta que debe observarse con los jansenistas

10 de febrero de 1659

Mi muy querido hermano,

Recibí de París dos cartas el mismo día, de dos personas notables, amigos nuestros.

La una me escribe que, encontrándose en una reunión muy célebre, dos hombres de buena posición, dijeron que refiriéndose a nosotros el obispo de Ruan hizo publicar su documento sobre la paz, como queriendo decir que nosotros nos embarcamos en celos indiscretos y en arranques demasiado violentos contra el partido jansenista.

La otra me escribe lo siguiente: le digo con sencillez que, encontrándome en una casa muy conocida de París, se me quejaron de que, a partir de cierto tiempo, ha sido notoria en Ruan cierta facilidad extraordinaria en la comunicación de unos de los suyos con algunos que con razón están demasiado convencidos de compromiso con el partido; y especialmente el que dirige la casa, cuya virtud me es bastante conocida, pero, por falta quizás de valor y de vigor para oponerse abiertamente a esas personas, sería capaz, sin proponérselo, de causar un notable perjuicio a su seminario, e impedir todo el bien que podría hacer, e incluso alejar a los candidatos que podrían ingresar a él, los cuales atribuirían esta conducta al que tiene el cuidado universal de la Congregación.

Esto es lo que me han escrito, y nos debe enseñar a vigilar nuestra conducta. No conozco mejor medio que andar por nuestro gran camino, sin mezclarnos en nada, sino observando los mandamientos de Dios y de la Iglesia y las reglas de nuestra profesión, y exhortando a todos, en nuestros diálogos particulares y en nuestras predicaciones y exhortaciones a hacer lo mismo, evitando, en cuanto nos sea posible, hablar de cuestiones que están en el ambiente, sea las que conciernen a la fe, sea las que tienen que ver con la moral, especialmente en la predicación.

Mi muy querido hermano, le ruego también: 1. Rehuir en cuanto posible el contacto con todos los que militan en esa reprobable conducta:

sus discursos se propagan como gangrena (2 Tm 2, 17), y además nos haría aparecer como sospechosos lo que nos acarrearía mucho daño;
2. Testimoniar siempre a los reverendos Padres Jesuitas y a todos los religiosos, toda la caridad y amistad posibles.

33. Al Padre Dupont, superior del seminario de Coutances sobre la apertura del seminario de Ruan

Febrero de 1659

Luego de muchas dificultades y obstáculos, no solo de parte del mundo, sino incluso de parte de nuestros amigos, finalmente el seminario de Ruan, fue abierto el domingo pasado, en la octava de la fiesta del santísimo Corazón de nuestra muy buena Madre, con gran solemnidad y enorme regocijo de todos nuestros hermanos y de todos nuestros amigos, que, luego de haberse dividido a causa de este asunto, se reunieron nuevamente de forma admirable, como me lo ha escrito el Padre Manchon, de modo que todo ha vuelto actualmente a la paz. Ayúdenos a dar gracias por ello a Nuestro Señor y a su santísima Madre, a todos los ángeles y los santos, y ruegue a Dios que perdone a los que se han opuesto, que bendiga a los que han contribuido a esta obra, especialmente al señor de la Boissière, a quien, después de Dios y de nuestros amigos del cielo, debemos gratitud por este asunto, pues trabajó en él durante nueve meses con celo, paciencia y perseverancia maravillosas.

34. Al Padre Manchon, superior de Ruan sobre sus dificultades

¿1659?

Puesto que Dios lo escogió para fundar un seminario tan importante como el de Ruan, usted debe considerar las dificultades y contrariedades como don preciosísimo de su divina bondad, agradecerse como por favor inestimable, pues es señal que él sabrá sacar de aquí grandes frutos.

Si yo lo viera rodeado de prosperidad y de satisfacción, temería mucho por usted y por la obra que tiene entre manos; pero al verlo agobiado de cruces y persecuciones, me regocijo y doy gracias a Nuestro Señor de hacerlo seguir por el camino que él siguió y porque quiere fundamentar su casa sobre los mismos fundamentos en los que él estableció a su Iglesia.

Escuchemos, mi queridísimo hermano, escuchemos al Espíritu Santo que nos dice: ***Fijos los ojos en el que inició y consumó la fe, Jesús, el cual, por la dicha que le esperaba, sufrió la cruz, despreciada la humillación...***

Piensen en aquel que soportó tal oposición por parte de los pecadores, y no se desalienten pues todavía no han tenido que resistir hasta derramar su sangre (He 12, 2-4).

Finalmente, mi querido hermano, *no desmaye en su fe en Dios y entréguese totalmente a él*. Son palabras de san Agustín a las que añado éstas de la Iglesia: ***Encomienda a Dios tus afanes y él te sostendrá*** (Sal 55, 23). Abandonémonos a su divina voluntad, con plena y entera resignación, y tengamos gran confianza en su infinita bondad y en la caridad incomparable de nuestra amadísima Madre, la santa Virgen.

35, Al Padre Manchon, superior de Ruan sobre la pobreza de su seminario

1659

Sé valiente y tu corazón se fortalecerá; espera en el Señor. Él dijo: no te dejaré ni te abandonaré (Sal 27, 14; He 12, 5). Él es fiel en sus promesas y en sus palabras y ha dicho: ***El cielo y la tierra pasarán, pero sus palabras no pasarán*** (Mt 24, 35); ***Encomendemos a Dios nuestras preocupaciones y depositemos en él todas nuestras ansiedades, porque él se ocupa de nosotros*** (cf 1 Pe 5, 7).

Nuestro Señor y su santísima Madre, que habían predicho el establecimiento de Ruan desde mucho antes, y que lo han realizado de manera maravillosa, no abandonarán su obra. No han dado una casa a sus hijos para vivir en ella sin tener el designio de darles con qué alimentarse; pero quieren darnos la ocasión de ejercitarnos en la paciencia, la sumisión a su muy adorable voluntad, en el amor de la pobreza y en la confianza en su inmensa bondad.

Mi queridísimo hermano, nos toca cuidarnos muy bien de no perder esta confianza que el Espíritu Santo nos recomienda tanto en las divinas Escrituras; ella es muy del agrado de su divina Majestad, y, en cambio, la desconfianza le ata las manos y le impide realizar los efectos de su santa generosidad.

Finalmente, Dios no falta nunca en la necesidad, pero quiere que le pidamos con confianza y perseverancia. Háganle entonces una novena con esta intención.

36. Al mismo en otra ocasión

1659

Pienso de continuo en las necesidades de su casa, pero no puedo dudar de que nuestro amadísimo Padre y nuestra Madre admirable

manifiestarán su bondad en esta apremiante necesidad. No, no, no, mi queridísimo hermano, ellos no abandonarán a sus pobres hijos aunque sean muy indignos y faltos de fidelidad; primero se derrumbarían el cielo y la tierra. En qué quedaría aquella divina palabra: ***El alimenta a todo viviente porque es bueno, porque es eterna su misericordia*** (Sal 136, 25)

¿Aquel que enriquece de bienes a tantos turcos, blasfemos, impíos y ateos, abandonaría a sus propios y verdaderos hijos? ¡Es imposible! ¡Imposible! Solo podemos temer una sola cosa en demasía: no tener suficiente confianza.

La necesidad es urgente pero espero que el socorro no esté lejano. Por mi parte, no omito ningún esfuerzo ni diligencia, en cuanto me es posible hacer razonablemente en este asunto, pero, gracias a Dios, sin angustia, sin inquietud y sin apoyarme en todo lo que hago. Haga usted lo mismo de su parte.

Sobre todo, le ruego ser exigente en que Dios sea bien servido y bendecido, mediante la fiel y exacta obediencia a todas las órdenes y reglas de la Congregación y a todo lo que ha querido Dios inspirarme establecer en ella. Sepa, mi queridísimo hermano, que practicando todo esto y haciéndolo practicar en cuanto sea posible, usted hará algo muy del agrado de Nuestro Señor y de su santísima Madre, y atraerá su santa bendición sobre nosotros y sobre nuestra comunidad. ***Encomienda a Dios tus preocupaciones y él te alimentará*** (Sal 55, 23).

37. Al ecónomo del seminario de Ruan

1659

Si considerara yo humanamente todo lo que me escribe sobre las necesidades de su casa de Ruan me llenaría de pesar; pero lo miro en el orden de Dios, que todo lo dispone de la mejor manera. Su conducta ordinaria está en fundar sus obras en la pequeñez, la insignificancia, la pobreza, y la nada. ***Eligió Dios lo despreciable y lo que no cuenta para confundir a los fuertes en su fortaleza*** (1 Cor 1, 28).

Esto no impide sin embargo en que debemos hacer todo lo que esté de nuestra parte pues así lo quiere él. Pero cuidemos bien de perder la confianza y dejarnos llevar de la desconfianza, pues ata sus manos a la divina Bondad. *Depositamos nuestra fortaleza en el Señor, en la fuerza de su poder y en la inmensidad de su bondad.* Si tiene cuidado de los cabellos de nuestra cabeza, cuanto más lo hará de cosas más importantes. Tengamos el esmero solamente de agradarle, de cumplir fielmente lo que él pide de nosotros, y él cuidará de todo lo que nos es necesario y conveniente.

38. Al Padre Blouet de Camilly sobre la misión de Vasteville

Vasteville, 9 de julio de 1659

No serían suficientes treinta misioneros en este momento, pues viene tanta gente de todos los lados a las predicaciones que, sintiéndose conmovidos poderosamente, están en ocasiones hasta ocho días en torno a los confesores en espera de ser confesados. Finalmente, la bendición de Dios es muy abundante en esta misión.

39. Al Padre Blouet de Camilly en París, sobre el éxito de la misión de Vasteville, en la diócesis de Coutances

Vasteville, 23 de julio de 1659

No tengo palabras para expresarle las bendiciones que Dios concede a esta misión. Ciertamente es algo prodigioso.

Hace días que no predico en la iglesia, porque, aunque es muy grande, resulta sin embargo demasiado insuficiente para la ocasión. Puedo decir con verdad que los domingos tenemos más de quince mil personas.

Hay doce confesores, pero sin exageración, cincuenta tendrían buen trabajo. Llega gente de ocho y diez leguas, tan conmovidos de corazón, que no se ven sino llantos, que no se escuchan sino gemidos de los pobres penitentes, hombres y mujeres. Los frutos que los confesores ven en el tribunal son maravillosos. Pero lo que nos contrista es que no alcanzamos a confesar sino una cuarta parte. Estamos abrumados. Los misioneros encuentran a algunos que pasan ocho días de espera, sin poderse confesar, y que se arrojan a sus rodillas donde los encuentran, rogándoles con lágrimas y las manos juntas, que los escuchen. Y todo esto pasa cuando ya estamos en la sexta semana de misión.

¡Qué bien inmenso son las misiones! ¡Cuán necesarias son! ¡Qué mal tan grande es oponerse a ellas! ¡Si los que nos han impedido hacer algunas supieran el mal tan grande que han hecho! **Padre, perdónalos porque no saben lo que hacen.**

Oremos, mi muy querido hermano, al Señor de la mies que envíe a ella obreros, y digámosle a menudo de todo corazón: **Señor de la mies, envía obreros a tu mies.** ¿Qué hacen en París tantos doctores y tantos bachilleres, mientras las almas perecen a millares, por falta de personas que les tiendan la mano para retirarlas de la perdición y preservarlas del

fuego eterno? Ciertamente, si me dejara llevar de mí mismo, me iría a París a gritar en La Sorbona y en los otros colegios: ¡Fuego, fuego, fuego del infierno que consume todo el universo! Vengan, señores doctores, vengan señores bachilleres, vengan todos, señores eclesiásticos, para ayudar a apagarlo.

40. A un miembro de la Congregación sobre la utilidad de las misiones

¿1659?

Nunca he gozado de consuelos más sensibles que los que experimento aquí. Veo una multitud prodigiosa de gente que viene al sermón y que asedia nuestros confesonarios. ¡Ah! Si los sacerdotes y los eclesiásticos que pierden su tiempo y entierran sus talentos hubieran disfrutado una migaja de estas dulzuras y de estos consuelos, estoy seguro de que se apresurarían a trabajar en las misiones y vendrían a ayudarnos.

41. Al Padre Blouet en París sobre la misión de Villedieu

Otoño de 1659

Estamos aquí más apretujados de gente que en Vasteville. Tenemos catorce confesores pero ciertamente cincuenta no darían abasto. Vemos gran cantidad de pobres gentes, que vienen desde tres o cuatro leguas, a pesar del mal estado de los caminos. Piden llorando que se les escuche en confesión y pasan seis u ocho días sin haber podido ser escuchados, pues es tanto el gentío, y pasan la noche tirados en la plaza de mercado y en las galerías a pesar el tiempo que hace. Todo esto hace estremecer el corazón de compasión. ***Rogemos al Señor de la mies que envíe obreros a su mies*** (Mt 9, 38).

42. Al Padre Blouet de Camilly sobre la curación del señor de Langrie

1659

Que Jesús sea eternamente bendecido por la mejoría de nuestro muy querido señor de Langrie.

Su carta de hoy me ha devuelto la vida. Ciertamente no hemos depositado nuestra seguridad y nuestra confianza en la criatura. No, Dios nos preserve de hacerlo. ¿Pero cómo no sentir la pérdida de tan bueno y cordial amigo que Dios ha tenido a bien darnos? Sin embargo, cuando él

quiera privarnos de él, y de todos los otros, nos esforcemos por decir tan sinceramente como nos sea posible: *El Señor nos lo dio; el Señor nos lo quitó; que se haga como al Señor le plazca; sea bendito su Nombre* (Job 1, 21).

Por favor asegúrele que oramos a Dios por él, pero que no pedimos cosa distinta de que su muy adorable voluntad se cumpla en él.

43. Al Padre Blouet de Camilly, a propósito del plano de la capilla de Caen, diseñado por los cuidados del Padre Mannoury

1659

Si el Padre Mannoury ha puesto algo en su dibujo que sea superfluo y que vaya en contra de la sencillez yo lo suprimiré totalmente, con la ayuda de Dios. Soy enemigo jurado de todo lo que es contrario a esta virtud y no aceptaría sino lo que sea necesario y sin adornos.

44. Al Padre Blouet en París, sobre la conducta edificante de los Ordenandos en el seminario de Ruan

Ruan, 15 de diciembre de 1659

Es cierto que nuestro amado Dios nos da grandes bendiciones llevado de su infinita misericordia, y que así manifiesta que él es el autor y el fundador, el superior y el protector de nuestra pequeña Congregación. ¡Sea por ello bendito por siempre!

Estamos cerca de cien personas en esta casa, entre las que se cuentan muchos ordenandos y varios pensionados o seminaristas. Esto nos da gran satisfacción debido a la gracia de Nuestro Señor, pues en su mayoría son dóciles y modestos. Los ordenandos saldrán mañana; les hice una exhortación todos los días. Espero que por ello Dios sea glorificado.

45. Al Padre Blouet de Camilly sobre las calumnias de que fue objeto el Padre Eudes en 1659

Ruan, 17 de diciembre de 1659

Los mastines de este país no han ladrado ni mordido, que yo sepa, al perrito blanco orejinegro. Pero en Caen ha sido mordido y es destrozado, y tasajeado por la causa que usted conoce⁷. Su dueño sabrá defenderlo como bien le plazca. Si le place ver que es maltratado y

⁷ El P. Eudes alude a las calumnias de que fue objeto en las calles de Caen por los seguidores de J. de Bernières, luego de su muerte el 3 de mayo de 1659.

devorado, ¡fiat, fiat! Sin embargo espero que él defenderá a su perrito y le dará fuerzas para morder, degollar y dar muerte a los enemigos de su Dueño, que son los pecados de los hombres.

46. Al Padre Dupont sobre la cruz que soporta

4 de marzo de 1660

Mi querido hermano, me llueven cruces de todos los lados; si mi amado Dios no me sostuviera estaría aplastado. Desde hace poco llevo las más pesadas y sensibles que haya tenido en mi vida.

47. Al Padre Blouet de Camilly sobre el comportamiento de los ordenandos del seminario de Ruan durante la ordenación de cuaresma de 1660

31 de marzo de 1660

Nuestros ordenandos nos han proporcionado inmensa satisfacción; eran ciento veinte. Dios nos otorgó una bendición del todo extraordinaria. El señor arzobispo dio orden de que los lleváramos procesionalmente el sábado para la ordenación que tuvo lugar en la iglesia de Nuestra Señora. Allí les confirió las sagradas órdenes. Regresaron luego como habían ido pero con tanta modestia, piedad y recogimiento, al ir y volver, y durante el tiempo de la ordenación, que todos han estado de acuerdo en que no es posible ver cosa semejante en los religiosos más estrictos. Todos cuantos vieron esto quedaron muy edificados, y el señor arzobispo manifiesta tanta satisfacción que no le basta decirlo y repetirlo a todo el mundo dondequiera que va sino que hace público el regocijo que le brinda su seminario. Dé muchas gracias al Señor y a su santísima Madre por ello y comuníquelo a nuestros queridísimos hermanos, a los que abrazo con todo mi corazón.

48. A un sacerdote de la Congregación de Jesús y María sobre el Padre Pailot

¿1660?

Este venerable sacerdote es nuestro cordial amigo, o mejor, nuestro muy querido hermano, al que amamos y miramos como a uno de los nuestros, como si fuera de nuestra Congregación, pues la ama verdaderamente, como el que más entre nosotros. Desde hace varios años ha trabajado en todas nuestras misiones con grandes bendiciones y

muchos frutos, pues Dios le ha dado verdadero espíritu misionero y todas las cualidades requeridas para desempeñarse en ellas con perfección.

49. Al Padre Dupont, superior del seminario de Coutances, sobre la conducta que debe seguir respecto del seminario de Valognes, que pasaba por estar infectado de jansenismo

París, 25 de septiembre de de 1660

Tuve conocimiento de que un joven, enviado por su padre a Coutances donde nosotros, para pedir a Dios su vocación, habiendo deseado ir a Valognes para estudiar allí la teología, escribió a su padre que existe gran amistad entre ese seminario y el de Coutances, y que usted le aseguró que no corre ningún peligro. Esto sorprendió vivamente a su padre a causa de lo que se dice del seminario de Valognes.

Si usted dio ese consejo, de seguro lo hizo honradamente, e ignora qué reputación tiene ese seminario, pues aquí, en opinión de la Reina, de La Sorbona, y de varios otros, pasa por estar contaminado de jansenismo. Todo esto nos puede causar mucho daño y hacernos aparecer por lo que no somos, gracias a Dios.

Le ruego por tanto, mi muy querido hermano, reparare lo mejor que pueda, y le pido terminantemente comentar con nadie que yo le escribí.

50. Al Padre Dupont, sobre La Ermita de Caen

¿27 de noviembre de 1660?

Usted hizo muy bien en no recibirlos en nuestra casa⁸, pues nuestros bienhechores hacen circular aquí, secretamente, un impreso que afirma maliciosamente que yo era el director de la Ermita, y otros andan diciendo que los que hicieron locuras en las calles de Caen y en otros lugares eran de los nuestros... La fuente de semejantes engaños es la vanidad, pues cuando ella ha entrado una vez en la mente, no sale de ella sino difícil y raramente. Es lo que una persona piadosa dijo varias veces a Juan de Bernières que cuantas almas él iniciaba en la vía de la oración pasiva (pues sólo Dios las introduce en ella) él las ponía en el camino del infierno.

⁸ Algunos miembros del grupo reunido por J. de Bernières en su Ermita, que luego de la muerte del maestro quisieron entrar a Coutances.

51. A los Padres de la Congregación sobre su forzada permanencia en París

¿1660?

Les aseguro que si prestara atención a mis inclinaciones naturales me aburriría extremadamente en París, y hace tiempo me hubiera ido. Pero la divina Voluntad me retiene aquí, y no tengo ni pies ni manos para defenderme de ella. Por el contrario, me dejo atar a sus muy amorosas manos, y sus cadenas me son tan deliciosas que encuentro todo mi contento y mi paraíso en mi cautividad. Mi hermano muy querido, ¡bienaventurada el alma que se desprende de todo y que solo se ata a la amabilísima Voluntad de su Dios!

52. Al Padre Dupont, superior del seminario de Coutances, sobre la práctica de la obediencia

¿1662?

El Padre Bernard hará dentro de poco un viaje a Coutances, pero a mi pesar será por breve tiempo, pues debe regresar a Lisieux, ya que no tengo al presente a nadie para reemplazarlo. Esto dará a usted una bella ocasión de practicar la obediencia...

En días pasados vi a la madre superiora de las religiosas de la Visitación de esta ciudad de Caen, quien vino hace poco desde Toulouse, o sea, un viaje de 250 leguas. Me dijo que el motivo principal que la llevó a aceptar con agrado esta cruz y todas las fatigas e incomodidades de semejante viaje ha sido el pensamiento de que tal vez nunca tendría otra ocasión tan hermosa de practicar la obediencia. ¡Oh, el ejemplo que da esta mujer hará avergonzarse, en el día del juicio, a cantidad de eclesiásticos que deben tener todas las virtudes en grado mayor que las religiosas!

53. Al Padre Dupont, superior del seminario de Coutances, sobre las quejas recibidas de su parte

Hacia 1660

Usted no tiene motivo para quejarse, mi muy querido hermano, ni de decir que se le alimenta con hiel. Estas palabras son muy amargas para el corazón de quien se esfuerza en todo por guardar la hiel para sí mismo y dar a los otros la miel.

54. A los sacerdotes del seminario de Caen. Refiere lo que dijo a la Reina Madre en un sermón predicado donde las Benedictinas del Santísimo Sacramento de París el 8 de febrero de 1661, día en que celebraban la fiesta del santo Corazón de María

París, 17 de febrero de 1661

La Reina llegó al final de mi sermón. Le dije muchas cosas respecto al incendio que consumió parte del palacio del Louvre. Comencé a hablarle así:

Señora, no tengo cosa distinta para decir a su majestad que suplicarle humildemente, ya que la divina Majestad la ha traído a este lugar, que no olvide nunca la vigorosa predicación que Dios ha dirigido a usted y al rey, con este incendio del Louvre. Usted sabe que para el cristiano no existen cosas fortuitas pues todo sucede por la Providencia y disposición de Dios. Este incendio es por tanto efecto de su querer y quiere decir varias cosas:

1. Que no se debe trabajar ni el domingo ni en los días de fiesta;
2. Dice además que está permitido a los reyes construir palacios como el Louvre, pero Dios les manda dar alivio a sus súbditos, tener compasión de tantas viudas, de tantos huérfanos, y de tanta gente agobiada de miserias;
3. Que está permitido a los príncipes y a los reyes disfrutar de algunas diversiones honestas, pero que emplear en ellas todos los días, y semanas y meses y años y toda la vida, no es seguir el camino que lleva al paraíso.
4. Que París está lleno de ateos que ponen a Dios bajo sus pies, y que hacen actos de los que los diablos tienen horror; y que, si sus majestades tenían conocimiento de esto y no empleaban el poder real para castigar crímenes tan horribles, se harían responsables ante Dios y atraerían venganza y maldiciones sobre sus cabezas;;
5. Que si el fuego temporal no perdonó la casa del rey, el fuego eterno no perdonará ni a príncipes ni a princesas, ni a reyes ni a reinas, si no viven como cristianos, si no tienen compasión de sus vasallos; y que si este fuego material no había respetado sus retratos y las pinturas de los reyes, que estaban guardados en el lugar consumido por el fuego, el fuego de la ira de Dios no perdonaría los originales, si no empleaban su autoridad para destruir la tiranía del diablo y del pecado y para establecer el reino de Dios en las almas de sus súbditos:
6. Que al decir estas cosas no me movía otro interés que el de mi Señor y mi Dios, y el de la salvación de mi rey y de mi reina, por quienes estaba dispuesto a dar mil veces la vida.

7. Que es muy lamentable ver a los grandes de este mundo asediados de una tropa de aduladores que los envenenan con sus elogios y los pierden, de modo que nadie les dice casi nunca la verdad. Que los predicadores serían criminales ante Dios si mantuvieran la verdad cautiva en la injusticia, y que yo me consideraría reo de condenación si callara estas cosas a su majestad.

Finalmente le supliqué que no recibiera mis palabras como las de un hombre mezquino y miserable pecador, sino que las recibiera como palabras de Dios, ya que por el lugar en que me encontraba y por ocupar el puesto de Dios, yo podía exclamar con san Pablo y con todos los que tienen el honor de anunciar la santa Palabra de Dios: "Nosotros actuamos como enviados de Jesucristo" (2 Co 5, 20). Desempeño aquí el oficio de Embajador de Jesucristo, para anunciar la palabra del Rey de reyes a una gran Reina, y que le rogaba lo tomara así.

Concluí rogando a las Religiosas y a los asistentes, pues la iglesia rebosaba de fieles, que elevaran sus oraciones a Nuestro Señor y a su santísima Madre, para obtener de la divina Majestad las gracias necesarias a nuestro Rey muy cristiano, y a nuestras Reinas, para reconocer tantos beneficios y bendiciones como el cielo había derramado sobre sus personas reales, y para que emplearan su autoridad en derrocar la tiranía del infierno y establecer el reino de Dios en las almas de sus súbditos.

Esto fue, casi palabra por palabra, lo que le dije. Lo escribo para que ustedes y nuestros amigos conozcan la verdad.

Supe después, por varias personas que la acompañaban y que salieron con ella, que la reina recibió muy bien mis palabras, y que cuando algunos aduladores quisieron criticar algo les había tapado la boca sin contemplaciones.

El obispo de Coutances, que vive en la corte y está al tanto de lo que allí pasa, me ha testimoniado su mucha satisfacción; y cantidad de otras personas de categoría han venido a visitarme para expresarme los sentimientos de gozo que las animaban.

Quiera Dios bendecirlo todo y darnos la gracia de no buscar jamás cosa distinta de agradecerle y de hacer y decir lo que El pide de nosotros.

55. Al Padre Dupont, superior del seminario de Coutances, quien pretendía que no era voluntad de Dios que él permaneciera en ese cargo

J. M. J.

1661

Paz a los hombres de buena voluntad, es decir, paz a los hombres que han renunciado por entero a su propia voluntad y que no tienen otra distinta de la de Dios que les es manifestada por la santa obediencia.

Querido hermano, ¡es engaño grande decir que se está cierto de que Dios quiere de nosotros cosa distinta de la obediencia! Humillémonos, mi muy querido hermano, y no hagamos pasar nuestros inclinaciones y sentimientos por la voluntad de Dios, cuando son contrarios a la obediencia, sin la que es imposible agradar a su divina Majestad, especialmente en una Congregación de eclesiásticos que deben ser ejemplos de toda suerte de virtudes.

Usted sería muy dichoso si por la obediencia muriera en el cargo en que está. Pidamos a Nuestro Señor que nos haga partícipes de su divina obediencia que lo llevó a morir en la cruz, y, por nuestra parte, trabajemos por hacer morir nuestra propia voluntad, y seguir a nuestro amadísimo Padre, si queremos ser del número de sus hijos. Le suplico de todo corazón que nos conceda esta gracia. Sin embargo, puesto que usted me obliga a ello, muy pronto le quitaré la carga, con la ayuda de Dios, cueste lo que cueste.

Con toda verdad, soy de todo corazón, enteramente suyo,

JUAN EUDES
sacerdote misionero

56. Al Padre Hubert, durante una enfermedad

1661

Siento muy de corazón su enfermedad. Usted tiene una palúdica fiebre cuartana, y yo en el corazón tengo tres: la suya, la de nuestro hermano el Padre Jourdan, la del hermano André; y además las recurrentes fiebres tercianas de nuestro muy querido señor Blouet, y todos los males de nuestro muy querido Padre Le Mesle y los de todos nuestros demás hermanos.

57. A los sacerdotes de la Congregación sobre la muerte del señor Blouet, señor de Camilly, acaecida el 18 de octubre de 1661

1661

La divina Voluntad sea nuestro único consuelo en nuestras aflicciones. Ella lo hace todo con tanta sabiduría y bondad que nos basta contemplarla en todos los accidentes que nos llegan para ser consolados.

Confieso sin embargo que este consuelo no impide que, según mis sentimientos, sufra mucho el dolor del fallecimiento de nuestro amado señor de Camilly. Hemos perdido un muy sincero y fiel amigo.

Al hablar así me expreso muy humanamente diciendo que hemos perdido, porque, viéndolo bien, quien no pierde a Dios nada pierde. Además, no perdemos nuestros amigos cuando Dios lo llama a su lado; por el contrario, los poseemos mejor, y nos son más útiles en el cielo que en la tierra. Pero es preciso que les ayudemos a llegar allí pronto, pues sucede a menudo que se permanezca largo tiempo en camino.

Ruego a todos mis queridos hermanos que entreguemos a Dios lo que le debemos en este tiempo de aflicción, humillándonos bajo su poderosa mano, adorando su divina voluntad y sometiéndonos a ella de todo corazón, sacrificándole nuestra vida y la de todas las personas que nos son queridas, y sobre todo esforzándonos por estar en el estado en que quisiéramos hallarnos a la hora de la muerte y renovando para este fin el deseo de cumplir exactamente todas nuestras obligaciones.

58. Al Padre Manchon sobre la muerte del Padre Le Mesle, fallecido el 21 de octubre de 1661

1661

Experimento mucho dolor por el fallecimiento de nuestro muy amado señor de Camilly, y más aún por el del Padre Le Mesle, uno de nuestros mejores hermanos, de los más útiles y afectos a la Congregación.

59. A un Padre de la Congregación de Jesús y María, sobre la muerte del Padre Pedro Jourdan, acaecida el 27 de diciembre de 1661

Diciembre de 1681

La divina Voluntad sea en todo nuestra norma y nuestro único consuelo en las aflicciones.

Tengo una pena que me es muy sensible y que me ha causado dolor extraordinario. Se trata del fallecimiento de nuestro muy amado hermano

el Padre Jourdan. Pero es justo, mi amadísimo hermano, que Dios sea el Señor y que su adorable voluntad se haga por encima de la nuestra. Si me dejara llevar de mis sentimientos, gritaría con dolor y lágrimas: *¿Es así como nos separa la amarga muerte? (1 Sm 15, 32 según la Vulgata)*. Pero considerando la santísima, la muy sabia y bonísima voluntad de Dios, grito desde lo más profundo de mi corazón: *Así sea, Padre justo, así sea, óptimo Padre, porque así te ha parecido bien.*

60. Obediencia al Padre Sesseval, conocido como Damville, para ir a las misiones extranjeras

1661

Juan Eudes, sacerdote misionero, superior de la Congregación de Jesús y María, a quienes vean esta carta, salud.

Nuestro muy querido y amado hermano Pedro Sesseval, sacerdote misionero de nuestra Congregación, ha tenido conocimiento de que un número altísimo de almas se pierden en el reino de China, y en los reinos vecinos, por falta de obreros evangélicos que les tiendan la mano para sacarlos de la perdición y ponerlos en el camino de la salvación. Se ha sentido animado de un ardentísimo deseo de unirse a varios otros eclesiásticos que se disponen a viajar a esas regiones. Pero como no quiere hacer nada que esté fuera del ejercicio de una perfecta obediencia a los superiores que Dios le ha dado, nos ha suplicado que acojamos con agrado este deseo y le demos nuestra aprobación, consentimiento y permiso.

Nosotros, luego de haber encomendado cuidadosamente esto a Dios, y luego de haberlo dialogado con algunos de los principales de nuestra Congregación, con el deseo de cooperar a tan santa empresa, por la cual sacrificaríamos muy de corazón, mediante la divina gracia, cien mil vidas si las tuviéramos, hemos consentido y consentimos con mucho agrado, por la presente carta, que dicho Padre Sesseval cumpla su piadoso y loable deseo, conociendo como conocemos su piedad, prudencia, capacidad y varias otras virtudes y buenas cualidades que Dios le ha dado.

Sí, hermano muy querido, con todo nuestro corazón aprobamos la santa obra que emprendes por la gloria de Dios y la salvación de las almas.

Vete, pues, en el nombre de la santa Trinidad, para hacerla conocer y adorar donde aún no es conocida ni adorada.

Vete en nombre de Jesucristo, Hijo único de Dios, para aplicar a las almas el fruto de la sangre preciosa que él derramó por ellas.

Vete bajo la protección y el amparo de la divina Madre, para imprimir en los corazones el respeto y la veneración que ella merece. Te protejan y guíen san José, san Gabriel, tu ángel de la guarda, los santos apóstoles de los lugares a donde vayas para trabajar con ellos en la salvación de las almas perdidas y abandonadas.

Vete en nombre y de parte de nuestra pequeña Congregación para realizar en China y en los demás lugares a donde te conduzca la Providencia lo que ella quisiera realizar en todo el universo, derramando hasta la última gota de sangre, para destruir en él la tiranía de Satanás y establecer el reino de Dios.

Recuerda, empero, que en esta obra, eminentemente apostólica, te son dispensables gran pureza de intención para no buscar sino la gloria de Dios, profunda humildad y desconfianza de ti mismo, gran confianza en su infinita misericordia, sumisión total a su adorable voluntad y a los prelados que hacen sus veces, paciencia invencible en los trabajos y fatigas, celo ardiente por la salvación de las almas y cordialidad sincera hacia los demás eclesiásticos, en particular hacia los religiosos de la santa Compañía de Jesús, con los que te pedimos con mucha insistencia que vivas siempre en perfecta unión y armonía. Medita a menudo en estas virtudes y pídelas con insistencia a Dios y esfuérate por practicarlas con fidelidad.

Quiera la bondad de Dios concedértelas junto con las demás gracias que necesitas para cumplir perfectamente su santa voluntad y para comportarte en todo lugar como auténtico misionero de la Congregación de Jesús y María y como verdadero hijo de su amabilísimo corazón.

Que este adorable Jesús y esta divina María te den con este fin su santa bendición y que ella permanezca siempre en ti, que te preceda, te acompañe y te siga por doquiera y en todas las cosas.

Con este deseo pronunciamos sobre ti, en el nombre de Jesús y María, y con el amor sagrado de su muy caritativo corazón, estas palabras de la santa Iglesia: *Nos cum Prole pia benedicat Virgo Maria*. (Que te bendiga la Virgen María en unión de su divino Hijo).

61. Al Padre de Longueval, sacerdote del seminario de Ruan, sobre la satisfacción que el arzobispo manifiesta tener respecto de ese seminario

París, 10 de marzo de 1662

El señor arzobispo se hace lenguas por doquier respecto de los frutos del seminario de Ruan. Expresa la gran satisfacción que ha tenido acerca de la modestia y la piedad que aparecían visiblemente en los rostros de aquellos a quienes confirió las sagradas órdenes en Pontoise.

Esto me alegra grandemente al comprobar la bendición que Dios tiene a bien dar a los trabajos de mis muy amados hermanos. Sea por ello eternamente bendecido.

¡Ah, cómo es de agradable a Nuestro Señor y a su santísima Madre esta labor! ¡Cuánto contento da a los ángeles y a los santos! Son maravillosos los beneficios que la Iglesia recibe. ¡Cuántas almas se salvarán por este medio! ¡Cuanta gratitud debemos tener para con la divina Bondad porque, a pesar de nuestra indignidad, se ha dignado escogernos para tan santa tarea, que es la más necesaria, más digna y más provechosa entre todas las tareas que hay en la Iglesia de Dios!

Sean dichosos los que perseveren en tan santo ejercicio, que no escuchan los sentimientos de la naturaleza corrompida buscando sólo su propia satisfacción y en cambio renuncian al reposo que el amor propio desea tener, y se entregan a trabajar, a imitación de nuestro divino Maestro y por su amor; él no tuvo nunca reposo en este mundo, y puso todo su contento en hacer la santísima voluntad de su Padre. Dichosos sean quienes trabajen con él pues su trabajo terminará pronto y gozarán con él de reposo eterno. Y así: *No nos cansemos de hacer el bien que a su debido tiempo cosecharemos sin fatiga* (Ga 6, 9).

62. Al Padre Faucon, conocido como de Santamaría, sucesor del P. Manchon como superior del seminario de Ruan, sobre la pobreza de su casa

¡1663?

Nuestro Señor nos hace pobres para darnos la gracia, de ser conformes a él, y para darnos ocasión de humillarnos y someternos a su santísima voluntad, y depositar en él toda nuestra confianza. Entreguémonos a él por entero, mi muy amado hermano, y a nuestra divina Madre. Ella nos dio la casa de Ruan. No pensemos que nos dio una casa para dejarnos morir de hambre. Es demasiado buena para que eso pase, y no carece de poder pues es todopoderosa en cielo y tierra. Recorra a ella, pero por su parte, no deje de aportar toda la diligencia que le sea posible.

63. Obediencia al Padre Avenel

J. M. J.

14 de noviembre de 1663

Nuestro muy querido hermano, el Padre Avenel, permanecerá en nuestra casa de Lisieux para encargarse allí de los cursos cuarto y quinto, según lo juzgue el superior.

JUAN EUDES
Sacerdote misionero
de la Congregación de Jesús y María

64. Al Padre de la Haye de Bonnefond, sobre la misión de Gretteville, en la diócesis de Coutances

Otoño de 1664

Estamos haciendo una misión en el Cotentín, en Beauptois, parroquia de Gretteville, donde pasa sus vacaciones el Presidente de Franctot. Dios derrama sobre esta misión bendiciones del todo extraordinarias, pues aunque ha llovido casi de continuo desde que llegamos aquí, hace seis semanas, y las inundaciones son grandes, y los caminos en muy mal estado, tenemos mucha gente en las predicaciones y en los demás ejercicios de la misión. Hay mucha afluencia a los confesonarios y se ven allí muchas personas que vienen desde cuatro y cinco leguas, y pasan tres y cuatro días a los pies de los confesores, desde la mañana hasta la caída la tarde, sin comer ni beber, y tan arrepentidos que los que los escuchan en confesión no encuentran dificultad en hacerlos dejar sus malos hábitos y todas las ocasiones de pecado, y todos los demás obstáculos a la salvación. Dicen ellos que jamás han visto misión donde las gracias del cielo hayan sido tan abundantes, Esto nos debe animar mucho a trabajar por la salvación de tantas pobres almas que perecen todos los días. Ayúdenos, mi muy querido hermano, a bendecir a Nuestro Señor y a su santísima Madre, por todos los favores que dan a nuestra pequeña Congregación, pues son ciertamente muy grandes.

65. A uno de sus hijos luego de una enfermedad, sobre la sumisión a la divina Voluntad

¿1665?

Ayúdeme a agradecer a Nuestro Señor y a su santa Madre por haberme librado de una gran enfermedad que solo duró ocho días –era

una pleuresía- y a pedirle que me conceda entregarme a la divina Voluntad tan fuertemente que yo no emplee un solo momento de la vida que él me ha dado, sino en hacer en todo y por doquier lo que sea más de su agrado. Su sumisión a esta adorable Voluntad me ha edificado y consolado mucho. Permanezca firme en esta santa disposición. Suplico a Nuestro Señor que la fortalezca y la haga crecer en usted cada vez más.

66. A los Padres del seminario de Ruan, para anunciarles el nombramiento de su nuevo superior, el Padre Jacques de la Haye de Bonnefond

1665

Luego de haber orado mucho a Dios para obtener la gracia de conocer su adorable voluntad en lo que respecta al superior que debía enviarles me ha parecido que no hay nadie más indicado que nuestro muy querido hermano el Padre de Bonnefond. Es muy virtuoso y piadoso, es muy prudente y ponderado, posee la ciencia, fue ecónomo, lo que lo preparó para ser superior. Por una parte no desea grandemente el cargo pero por otra manifiesta sumisión. Son dos señales de su idoneidad para esa misión, pues es sabido que quien no sabe obedecer no es apto para gobernar. Por otra parte no adolece de enfermedad que le impida dar buen ejemplo. Así pues, goza de todas las cualidades requeridas a un superior, lo que es raro encontrar en una misma persona.

67. Al Padre de la Haye de Bonnefond, superior del seminario de Ruan, sobre la misión de Châlons-sur-Marne

Châlons, 22 de mayo de 1665

Esta misión empieza por donde otras terminan, es decir, con gran fervor. La iglesia, a pesar de que es muy grande, se llena siempre a la hora de nuestros sermones como si fuera Viernes Santo. Esperamos recoger grandes frutos que ya se dejan ver abundantes. Gracias a Dios, tengo tantas fuerzas para predicar como nunca las he tenido. Hasta el presente he predicado todos los días. Nuestros dos hermanos, los Padres Blouet y Yon, comienzan a darme alivio cuando doy las conferencias a muchos eclesiásticos y religiosos, pues el señor obispo de Châlons ha hecho venir a todas las Órdenes: agustinos, benedictinos, dominicos, franciscanos, jesuitas, etc.

68. Al Padre de la Haye de Bonnefond, superior del seminario de Ruan, sobre las precauciones que deben tomarse ante la peste

14 de septiembre de 1668

He esperado recibir noticias tuyas todos los días, mi muy querido hermano, pues me encuentro muy preocupado por usted y por todos los queridos hermanos, desde el mayor hasta el menor. Cada día oramos y celebramos misas por ustedes; escribí a todas nuestras casas para se haga lo mismo, a fin de ponerlos bajo la protección de la santísima Virgen.

Le ruego que haga una novena de misas en honor de su Corazón maternal y otro en honor de san Carlos para pedirle que nos haga de intercesor ante ese muy caritativo Corazón, no solamente para que usted goce de su protección sino primera y principalmente por todos aquellos que se encuentran en angustia y en el peligro de la peste.

Ruego igualmente a todos nuestros queridos hermanos que rindan a Dios, en esta ocasión, todo el honor que le debemos y que saquen de ella todo el provecho que nos pide:

1. Adorar su divina justicia y humillarnos a la vista de nuestros pecados y en nombre de todo el pueblo;
2. Darle gracias por esta aflicción, viendo en ella un efecto no solo de su justicia sino, más aún, de su misericordia que nos castiga para corregirnos y salvarnos, y no para perdernos;
3. Adorar la divina Voluntad en sus designios sobre nosotros y abandonarnos por entero a ella a fin de que haga de nosotros lo que le plazca y le sea más agradable. Es claro que esta peste es el efecto de nuestros pecados. Que por consiguiente cada uno de nosotros se examine cuidadosamente para reconocer aquellos mediante los cuales ha contribuido a esto, para humillarse y corregirse, procurando ponernos en el estado en que quisiéramos hallarnos en la hora de la muerte, pues cuando se está enfermo no hay tiempo para prepararse.
4. Adorar a Nuestro Señor Jesucristo en su cruz y en el amor infinito con el que padeció tantos sufrimientos; y ofrecernos a él para sufrir todas las cruces que le plazca darnos, en acción de gracias por las tuyas.
5. Ofrecerle todos los afligidos y suplicarle que les conceda la gracia de hacer buen uso de sus penalidades.
6. Encomendarlos a aquella que se llama *Consuelo de los afligidos*.
7. Entregarse al amor inmenso por el que nuestro muy amable Salvador tomó sobre sí todos los pecados del mundo y se ofreció a su Padre para hacer satisfacción de ellos; que seamos inmolados en calidad de víctimas a la divina justicia por los pecados de nuestros hermanos y de nuestras

hermanas y por los nuestros, y para asistir a los apestados, si es ese su beneplácito, en unión de la caridad que lo hizo venir a la tierra para servir y socorrer a los apestados, es decir, a los pecadores.

Finalmente rogar a nuestra divina Madre, a nuestros ángeles y a nuestros santos para que ellos hagan todo esto por nosotros.

69. Al superior de Ruan para pedirle que le envíe al Padre Vaguel

Adviento de 1670

Le pido al Padre Vaguel no por acto de autoridad ni como superior, sino rogándole como un hermano. Le suplico que nos lo preste por poco tiempo, o mejor, que se lo dé a Nuestro Señor y a su santísima Madre. Espero que usted no les niegue esto.

70. Al Padre de Bonnefond, superior del seminario de Caen, sobre el registro de las letras patentes obtenidas con miras a una fundación en París

Primavera de 1672

Todavía no hemos presentado nuestras letras patentes al Parlamento. Preparamos los medios para coronar con éxito este proyecto. Lo esperamos como gracia del cielo. Haga orar a Dios para encomendarle este asunto. Pienso que lo emprenderemos la semana próxima. Quisiera que con este fin fueran a Nuestra Señora de la Délivrande. *Me rodearon multitud de perros*, pero toda mi confianza, después de Dios, está en nuestra muy poderosa y muy amada Madre. Pase lo que pase, con la ayuda de Dios, estaré siempre contento, y saldré ganando, pues no quiero otra dicha ni otro provecho que el de mi Dios.

71. Al Padre de Bonnefond, sobre el mismo asunto

Julio de 1672

El Parlamento ha emitido un decreto pero los magistrados piden tantas cosas que me desanimo mucho. Estoy casi para abandonar este asunto; me queda la duda sin embargo de si es la voluntad de Dios que sigamos insistiendo. Haga que se ore por esta intención.

72. A los sacerdotes de la Congregación de Jesús y María sobre el establecimiento de la fiesta del divino Corazón de Jesús

J. M. J

París, 29 de julio de 1672

Mis muy queridos y muy amados hermanos,

Nuestro muy amado Salvador nos ha concedido la gracia inexplicable de darnos en nuestra Congregación el Corazón admirable de su santísima Madre. Pero su bondad que no conoce límites no se ha detenido allí, y ha pasado adelante, al darnos su propio Corazón para ser, con el Corazón de su gloriosa Madre, el fundador, el superior, el principio y el fin, el corazón y la vida de esta Congregación.

Nos ha otorgado este gran regalo desde el nacimiento de la Congregación, pues, si hasta el presente, no hemos celebrado una fiesta propia y particular del Corazón adorable de Jesús, jamás hemos tenido la intención de separar estos dos corazones que Dios ha unido tan estrechamente, como son el Corazón muy augusto del Hijo de Dios y el de su bendita Madre. Al contrario, nuestro designio ha sido siempre, desde los comienzos de nuestra Congregación, contemplar y honrar estos dos amables Corazones como un mismo Corazón, en unidad de espíritu, de sentimiento y de afecto, como aparece de manera muy clara en la Salutación (*Ave Cor*) que a diario dirigimos al divino Corazón de Jesús y de María, como también en la oración y en varios lugares del Oficio y de la Misa que celebramos en la fiesta del Corazón sagrado de la misma Virgen.

Pero la divina Providencia que conduce todo maravillosa sabiduría, ha querido que la fiesta del Corazón de la Madre precediera la fiesta del Corazón de Jesús, para preparar los caminos en los corazones de los fieles a la veneración de este Corazón adorable, y para disponerlos a obtener del cielo la gracia de esta segunda fiesta, merced a la gran devoción con la cual han celebrado la primera. Si bien esta fiesta ha sido combatida inicialmente por la mentalidad del mundo, que no ahorra ocasión para oponerse a todo lo que procede del espíritu de Dios, sin embargo, apenas comenzó a aparecer a los ojos de los que hacen profesión de honrar particularmente a la santísima Madre de Dios, la consideraron con gozo, la abrazaron con ardor y la han celebrado desde hace varios años con mucho fervor; y hoy es solemnizada en toda Francia y en varias órdenes y congregaciones religiosas, con tantas bendiciones, que hay motivo para esperar que un día se celebrará solemnemente en todo el universo.

Esta ardiente devoción de los auténticos hijos del Corazón de la Madre de amor, la obligó a obtener de su Hijo amadísimo el señalado favor de dar a su Iglesia la fiesta del Corazón de su Rey, que será una nueva fuente de infinidad de bendiciones para los que se dispongan a celebrarla santamente.

¿Quién no lo haría? ¿Es posible encontrar una solemnidad más digna, más santa, más excelente que ésta? Ella es el principio de cuanto hay de grande, de santo y de venerable en todas las demás solemnidades. ¿Habrá un corazón más adorable, más admirable y más amable que el Corazón de este Hombre-Dios que se llama Jesús? ¿Qué honor merece ese Corazón divino que por siempre ha tributado y tributará a Dios más gloria y amor, en cada momento, que todos los corazones de los hombres y de los ángeles le puedan tributar por toda la eternidad? Cuánto celo debemos tener en honrar este Corazón augusto que es la fuente de nuestra salvación, que es el origen de todas las alegrías del cielo y de la tierra, que es hoguera inmensa de amor hacia nosotros, y que no sueña, día y noche, sino en hacernos infinidad de bienes, y que, finalmente, está traspasado de dolor por nosotros en la cruz, como el Hijo de Dios y su santísima Madre lo han declarado a santa Brígida, según refiere el excelente doctor Bail.

Si se objeta que esta devoción es una novedad, responderé que las novedades en las cosas de la fe son muy perniciosas, pero que son muy buenas en lo que se refiere a la piedad. De otra manera, habría que reprobar todas las fiestas que se hacen en la Iglesia, que fueron nuevas cuando se empezó a celebrarlas, especialmente las que han sido establecidas últimamente, como la fiesta del Santísimo Sacramento, del santo Nombre de Jesús, de la Inmaculada Concepción de la santa Virgen, del santo Nombre de María, de sus grandezas, de Nuestra Señora de la Misericordia, de la Expectación, de Nuestra Señora de la Victoria en la diócesis de París, y de varias otras; y gran número de fiestas de santos que han sido añadidas al breviario romano. Si se dice que se basa en la autoridad de nuestro santo Padre el Papa, respondo, con san Francisco de Sales, y con grandísimo número de muy ilustres y sabios Prelados y de grandes Doctores, que cada Obispo, en su diócesis, especialmente en Francia, tiene el mismo poder en este campo que el que tiene el Soberano Pontífice en toda la Iglesia.

Reconozcamos pues, mis queridísimos hermanos, la gracia infinita y el favor incomprensible con que nuestro bondadosísimo Salvador honra a nuestra Congregación al darle su adorabilísimo Corazón junto al Corazón amabilísimo de su santa Madre. Son dos tesoros inestimables que

encierran inmensidad de bienes celestiales y riquezas eternas, de las que la hace depositaria para difundirlas enseguida, mediante ella, en todos los corazones de los fieles.

Humillémonos infinitamente a la vista de nuestra grandísima indignidad ante semejantes favores. Entremos en profunda gratitud hacia la bondad inefable de nuestro benignísimo Salvador y hacia la caridad incomparable de su amadísima Madre que es también la nuestra. No nos cansemos de bendecirlos, alabarlos y glorificarlos, e invitemos a todos los santos y a todas las criaturas a que lo bendigan y le agradezcan con nosotros. Acojamos con gozo exultante la solemnidad del divino Corazón de nuestro amabilísimo Jesús.

Les envío el Oficio y la Misa de la fiesta, aprobados por los señores Prelados; despleguemos todo el cuidado, la diligencia y el fervor posibles para celebrarla dignamente. Para ello:

1. Inviten a todos nuestros amigos y a todas las personas de devoción.
2. Si reciben oportunamente este paquete háganlo publicar; y si hay tiempo prediquen al respecto.
3. Ayunen la víspera de la fiesta.
4. Hagan comer a doce pobres en el comedor, en la víspera o la antevíspera.

La Octava no está impresa todavía, por eso no la envío.

Finalmente los exhorto, mis muy queridos hermanos, a celebrar esta fiesta con toda la devoción y solemnidad posibles; escríbanme luego sobre lo que haya pasado. Ustedes alegrarán así extremadamente a aquel que les desea las más santas bendiciones de nuestro muy amado Salvador y de su amabilísima Madre, y que, en el amor sagrado de su divino Corazón, mis muy amados hermanos,

Su indigno servidor,
 JUAN EUDES,
 sacerdote de la Congregación de Jesús y María.

73. Al Padre Mannoury, sobre la petición que hizo monseñor de Maupas, obispo de Everux, para que fuera su coadjutor

Septiembre de 1672

Esta noticia no me causó la más mínima perturbación, pues estoy persuadido de que, a pesar de lo que se dice, no sucederá lo que se proyecta, y si sucediera, sería de seguro porque Dios así lo ha querido. Dígalo claramente a monseñor de Evreux: no quiero ningún beneficio

fuera del que mi Salvador Jesucristo escogió para sí, es decir, la cruz. Hasta ahora me han sobrevenido de todas las especies, y por la gracia de Dios, no he sucumbido bajo la carga. Frente a esta nueva cruz, con la cual se me amenaza, no siento ningún temor. Conozco a los hombres y estoy cierto de que ellos, de buena gana, se empeñarán en ahorrármela.

74. Carta al Padre de Bonnefond sobre el mismo punto

17 de septiembre de 1672

Le ruego mantenga muy en secreto el siguiente asunto: monseñor de Evreux quiere que esta nada grandísima sea su coadjutor. Ha consultado al respecto a varios obispos y doctores y a otras personas religiosas de alta piedad, y a sus dos vicarios generales, y todos lo han exhortado a ello... Ha escrito un *placet* para presentarlo al Rey, y ha escrito sobre el asunto al P. Ferrier (*Nota: Jesuita, confesor del rey*). Debe enviar el lunes al Padre du Vaucel, su vicario mayor, a París, quien, con el P. Cipriano, carmelita descalzo, debe entrevistar al P. Ferrier y rogarle que entregue el *placet* al Rey.

Desde que estoy al tanto de esta noticia, solo conocida por el Padre Mannoury, no me he entregado a la pena, tanto por la certeza que tengo de que todo terminará en humo, como el temor de resistir a la divina Voluntad, si viniera de Dios. Pero desde que supe la declaración de monseñor de Evreux, escribí al Padre Mannoury que no quiero beneficio distinto del que mi Salvador escogió para sí mismo, es decir, la cruz. Es la única que deseo, la que abrazaría, y la que amo por amor de este amabilísimo Redentor, quien la prefirió por encima de todo lo que el mundo estima y ama como lo que más. Que yo le rogaba decir esto a monseñor de Evreux y a sus altos vicarios. Sobre mi cabeza no veo sino cruces por montones si esto culmina; en cuanto a las otras, es decir, a las que están unidas a cargo tan eminente, no las temo tanto, pues no puedo persuadirme de que esto vaya a suceder.

75. Al Padre de Bonnefond sobre el mismo punto

18 de octubre de 1672

Mi muy querido hermano, el sacerdote Vaucel, vicario general de Evreux, estará mañana en París para el asunto que usted conoce, que me hace estremecer y que debería hacerme morir de pavor si no fuera por la grandísima confianza que tengo en la bondad incomparable de mi benignísimo Salvador y de mi amadísima Madre.

Le ruego, queridísimo hermano, que haga celebrar una novena de misas en nuestra casa, en honor del santísimo Corazón de Jesús y de María; que solo se celebre la misa del divino Corazón de Jesús; que de mi parte escriban a Coutances, a Rennes, a Lisieux para que se haga allí otro tanto, y que en Ruan se haga una novena de misas a san José, todo por mis intenciones; que se pida también a nuestras Carmelitas rezar una novena según su devoción, en honor de la bienaventurada Virgen y de santa Teresa.

76. Al Padre de Bonnefond, de Caen, sobre la misión de Saint-Germain-en-Laye, dada por orden de Luis XIV

Saint-Germain-en-Laye, 2 de abril de 1673

Al llegar, de inmediato saludé a sus Majestades, al Delfín y al hermano del Rey, quienes me recibieron muy bien...

El Padre Blouet predicó a las seis de la mañana con el Padre Launay, y el Padre Paillot hizo el catecismo a las dos de la tarde, al que la reina asistió una vez. Por mi parte, he predicado todos los días, al anochecer, con tanta vigor como nunca he tenido. He escogido temas que conmuevan los corazones. Gracias a Dios, todos manifiestan estar muy contentos y aseguran que sus Majestades tienen los mismos sentimientos. La Reina me dijo ayer que continuara todavía los restantes días de esta semana. En fin, todos dicen que el Rey y la Reina están muy contentos.

77. Al Padre de Bonnefond, sobre la misión de Saint-Germain-en-Laye

París, 21 de abril de 1673

Ayer la Reina vino donde las Carmelitas, mientras yo me encontraba en Montmartre. Demostró tantísima satisfacción por la misión y por los predicadores, que es difícil expresarlo. Afirmó que los otros predicadores sólo eran palabras, pero que éstos llegaban al fondo del corazón; que todo el mundo estaba conmovido y que observaba cambios en la conducta del Rey. Ruegue a Dios que bendiga nuestros sencillos trabajos. Finalmente expresó tanta y tanta bondad, tanta y tanta amistad (son palabras de nuestra amada hermana Teresa, que encendía el fuego tanto como podía) para con esta nada de las nada, como es difícil imaginar. Recomendó encarecidamente a la hermana Teresa que no dejara pasar el día sin decirme todas estas cosas, ¡Dichosos aquellos que son amados por la Reina del cielo!

78. Al Padre Bonnefond en Roma, sobre las dificultades que encontraba en los esfuerzos que hacía para obtener la aprobación de la Congregación

1673

Suplico a diario a la divina Bondad que haga desaparecer del todo nuestra pequeña Congregación, si ella no existe sino para su mayor gloria, y abrazo de todo mi corazón todos los sufrimientos y humillaciones que pudieran venir sobre mí. Gracias a mi Salvador, me parece que no me anima otro deseo, en el fondo de mi alma, que buscar en todo lo que sea más de su agrado. Armémonos de valor y regocijémonos por dos cosas que pudieran hacernos morir de gozo. La primera, que todos los enemigos de nuestro gran Dios no podrán impedir jamás que él no sea lo que él es. *Sean que el Señor es el mismo Dios* (Sal 100, 3) dice el profeta; y la santísima Madre de Dios: *Mi espíritu se regocijó en Dios mi Salvador* (Lc 1, 47). La segunda, que todos los poderes de la tierra y del infierno nunca podrán interponer obstáculo alguno a nuestro grande y único empeño que es servir y amar a nuestro adorable Jesús y a su santísima Madre. Perdámoslo todo antes que perder un solo grano de la confianza que debemos tener en su incomparable bondad para con nuestra Congregación. De tantas maneras nos la ha manifestado.

Jamás hemos adelantado algo que no haya estado marcado por algunas cruces. Este es el sello de las obras de Dios. Entre más obstáculos encuentran mayores son sus frutos y bendiciones. Espero mucho de este asunto por las dificultades que ha encontrado. Confío de la bondad de Nuestro Señor y de su santísima Madre; ellos removerán todos los obstáculos. Finalmente, mi queridísimo hermano, si en las obras de Dios nos desalentamos fácilmente por los obstáculos y dificultades, jamás haríamos algo. Cuando haya hecho todo lo que esté a su alcance, si no logra nada, con la ayuda de Dios, estaré tan contento como si todo se hubiera logrado. Porque ¿qué es lo que busco? ¿Mi interés y mi satisfacción? De ninguna manera, gracias a Dios; busco solo su voluntad.

79. Al Padre Bonnefond en Roma, sobre la necesidad de hacer nombrar por el soberano Pontífice el superior de la Congregación

28 de octubre de 1673

Sobre todo, es necesario que la bula nombre y establezca al superior de la Congregación. Mucho me agradaría que fuera Jacques de la Haye de

Bonnefond. Solo una cosa me causa pesar, y es el temor de que usted viniera a morir antes que yo, si bien esto no parece verosímil.

80. Al Padre de Bonnefond en Roma, a propósito de la súplica del Padre Boniface

1674

Haga lo que haga, mi queridísimo hermano, es necesario trabajar por justificarnos de lo que se me atribuye: que yo haya hecho esta súplica; es del todo contrario a la verdad. El Padre Boniface me dio un escrito por el cual declara que estando en Roma, me escribió para pedirme si yo quería que él se ocupara de nuestros asuntos, y que yo le respondí que no. Pero esto no satisface. Finalmente, el éxito de nuestros asuntos depende de esta justificación.

81. Al Padre de Bonnefond, sobre el amor de Jesús y de María, y la confianza que es preciso tener en ellos

Hacia 1674

¿Dónde encontrar un amigo fiel? Es lo más fácil del mundo. Amemos a Jesús, Hijo de María, y a María, Madre de Jesús, y depositemos en ellos toda nuestra confianza. Ellos se encargarán de mostrar su poder y su incomparable bondad.

82. Al Padre de Bonnefond en Roma. El Padre Eudes ofrece renunciar a su cargo de superior para calmar la tempestad

1674

No estoy atado a nada sino a la muy adorable voluntad de mi Dios que me será manifestada por la de nuestro Santo Padre el Papa. Por lo que a mí respecta que se haga de mí lo que se quiera; que se me tire al mar para cese la tempestad; que se me anonade y se ponga a otro en mi lugar. Qué me importa quién gobierne la Congregación, con tal que se haga el bien. ¿Qué quiero, qué busco, sino que mi Dios sea glorificado? Sí, de todo corazón renuncio, a los pies de Su Santidad, al superiorato.

83. Al Padre de Bonnefond en Roma. Le expresa el gozo de haber obtenido Indulgencias para las misiones

Caen, 21 de agosto de 1674

Recibí sus dos encomiendas, con las Indulgencias para las misiones, que me produjeron un consuelo indecible pues nunca habíamos podido alcanzar semejante favor. Le doy mil y mil gracias, mi amadísimo hermano.

84. Al Padre de Bonnefond en Roma, sobre la ingratitud de uno de sus hijos que se volvió contra él

Octubre de 1674

Puedo decirle, mi amadísimo hermano, que desde que estoy en el mundo no he experimentado persecución tan atroz como esta. Lo que más me ha causado pesar es que uno de mis propios hijos que estaba aquí, que de mí solo recibió todos los testimonios posibles de amistad, ha sido mi más cruel perseguidor. *Me devolvió males por bienes...* ¡Considere, mi muy querido hermano, qué dolor y qué angustia para mí! Como consecuencia de esto caí enfermo⁹.

85. Al Padre de Bonnefond en Roma, quien le había anunciado la concesión de Indulgencias para la Cofradía del divino Corazón de Jesús, en la capilla del seminario de Coutances

27 de noviembre de 1674

Mii muy querido y muy amado hermano, cuánto consuelo me ha dado su carta. ¡Alabanzas eternas al adorabilísimo Corazón del amado Jesús por haber inspirado el suyo! ¡Bendiciones inmortales al amabilísimo Corazón de nuestra divina Madre por haber llevado tan bien este asunto! ¡Que todo el Paraíso duplique sus oraciones para la conservación y santificación de nuestro muy santo Padre el Papa! Que Jesús y María lo modelen según su Corazón, mi muy querido hermano, y que ellos lo inspiren y conduzcan a usted tan acertadamente para que pueda hacer, si es posible, para las demás casas, lo mismo que ha hecho por la casa de Coutances.

⁹ No se conoce el nombre del que hizo esto. Quizás se trataba de un tal Aude, clérigo de órdenes menores, a quien el P. Eudes tuvo por un tiempo de secretario, quien habría pasado apuntes del Padre sobre María de Vallés a Carlos Dufour.

86. Al Padre de Bonfond en Roma, sobre un libelo difamatorio publicado contra él

12 de diciembre de 1674

Me encuentro frente a una nueva persecución, más cruel que todas las demás; mis grandes bienhechores, los señores de la nueva doctrina, han hecho imprimir un libelo contra mí. Lo han distribuido por toda Francia y en todas las comunidades de París, referente a los escritos que hice sobre la Hermana María. Está lleno de falsedades, de calumnias, y de toda clase de señales de su pasión. Me acusan de trece herejías, es decir, de arrianismo, de nestorianismo, de monotelismo, de jansenismo, en relación con cuatro proposiciones condenadas, etc. La causa de su cólera estriba en que yo me opongo en todas partes a sus novedades, que sostengo vigorosamente la fe de la Iglesia y la autoridad de la Santa Sede, y que prendí fuego a un libro detestable que se hizo contra la devoción a la santa Virgen, al final del cual se dice que no hay que dirigirle oraciones, como tampoco a los demás santos, y que ella de ningún modo es la Madre de Dios, aunque sin embargo sea llamada la Madre de Jesús. Un cura del pueblo del Padre de Santamaría, es el autor de ese libelo, en asocio de varios otros.

87. A los sacerdotes de la Congregación sobre la confianza en Dios en medio de las persecuciones.

1674-1675

Procuremos no perder ni un solo grano de nuestra confianza. Ofenderíamos el poder y la bondad infinitos de nuestro adorabilísimo Padre y de nuestra muy amable Madre, si luego de tantos efectos de su incomparable caridad, careciéramos de confianza en ellos. Ellos suscitan algunas personas poderosas para sostenernos y defendernos. Espero que esta persecución sea un último efecto de la rabia del infierno contra nosotros. Ustedes no alcanzan a imaginar cuantas especies de calumnias el demonio difunde por todas partes contra mí. En medio de todo esto yo canto con todo mi corazón:

¡Viva Jesús, mi único deseo!
 ¡Viva Jesús, que es todo mi deleite!
 ¡Viva Jesús, mi amable Salvador!
 ¡Viva Jesús, Dios de mi corazón!

¡Viva la Reina de mi corazón!
 ¡Viva María, Madre de amor!
 Día y noche quiero cantar
 las maravillas de su buen Corazón.

88. Al superior del seminario de Ruan quien le urgía que respondiera el libelo del cura de Aulnay

1675

Le agradezco infinitamente, mi muy querido y amado hermano, su carta tan caritativa y cordial. Mi gratitud va usted y a las personas que menciona. Le ruego que les manifieste mi reconocimiento y les dé mil gracias de mi parte. El celo y la bondad que manifiestan son muy loables. Pero dado que no encuentro en el santo Evangelio que nuestro divino y adorable maestro haya empleado el método y los medios que usted me aconseja en su carta para defenderse de la injusticia y crueldad que los judíos desplegaron contra él, no puedo resolverme a hacer cosa distinta de esforzarme por imitarlo en su paciencia y en su silencio: *Por su parte, Jesús callaba (Mt 26, 63)*. Quizás Dios suscite a alguien que responda al libelo¹⁰. Sea lo que sea, abrazo de todo corazón todas las cruces que le plazca enviarme, y le suplico insistentemente que me perdone y perdone a los que me persiguen. Mis numerosos pecados merecen mil veces más...

89. Al Padre de Bonfond para insistirle que aceptara el cargo de visitador de las casas de la Congregación

7 de enero de 1678

Desconozco por qué usted tiene tanta repugnancia al oficio de Visitador con facultad de hacer los cambios y tomar las medidas que sea muy importante hacer. En nombre de Nuestro Señor y de su Santísima Madre le suplico que renuncie a su sentimiento y se entregue a ellos para seguir su muy amable voluntad.

90. Al Padre de Bonfond para confiarle el cargo de Visitador

28 de enero de 1678

He pedido al Padre de Bonfond, nuestro muy querido hermano, reemplazarme, dándole todo mi poder, para que ponga remedio a todas

¹⁰ En reunión de amigos del P. Eudes en la abadía de Val-Richer se encargó al sacerdote Delaunay-Hue, doctor de La Sorbona, el encargo de responder, lo que hizo oportunamente. No pertenecía a la Congregación de Jesús y María.

las fallas que encuentre, que haga los cambios tanto de superiores como de inferiores que juzgue convenientes, y renueve en los corazones el deseo de observar exactamente las Constituciones, a fin de que nuestro muy amable Salvador y su muy amable Madre sean servidos, honrados y amados en la Congregación, en conformidad a los designios por los que la divina Providencia la ha establecido en la santa Iglesia. Ruego por tanto a mis muy queridos hermanos que reciban a nuestro querido hermano de Bonfond en calidad de Visitador, que le demuestren todo el honor, el respeto y la obediencia que deben a quien ocupa el puesto de Dios.

91. Al Padre Raúl de Bon, para anunciarle su nombramiento como superior del seminario de Evreux

Primavera de 1679

Me consuela la contemplación de la muy adorable voluntad de Dios, que lo hace todo buscando lo mejor, y la confianza que tengo de que usted se someterá de todo corazón a las órdenes de esta divina voluntad que lo ha escogido para tomar la sucesión de nuestro querido difunto. Le pido esto, tomándome la audacia de asegurarle que Nuestro Señor y su santísima Madre estarán con usted, que conducirán su casa por su intermedio, y le concederán todas las luces y gracias requeridas para este fin. Asuma, pues, el cargo de su mano, o mejor de parte de su muy caritativo Corazón; tómelo *Corde magno et animo volenti*, con gran deseo de gobernar su familia en su espíritu, que es espíritu de humildad, de caridad, de amabilidad.

92. Al Padre Dufour, su secretario, para darle cuenta de su entrevista con Luis XIV

Paría, 17 de junio de 1679

Tuve ayer el honor de ver al Rey, en San Germán. Todo ocurrió de la siguiente manera: se me hizo entrar en la estancia del Rey, donde me encontré rodeado de buen grupo de obispos, de sacerdotes, de duques, de condes, de marqueses, de mariscales de Francia y de la guardia del Rey. El arzobispo de París, me hizo ocupar un ángulo de la habitación. Cuando el Rey entró a la sala, pasó en medio de todos esos grandes señores y se dirigió directamente a mí, con rostro lleno de bondad. Comencé entonces a hablarme de nuestro asunto y me escuchó con mucha atención, y demostró mucho interés en escuchar lo que yo le decía:

“Sire, estoy a los pies de su Majestad para agradecerle muy humildemente por la bondad que manifiesta al permitir que yo tenga el

honor y el consuelo de verlo una vez más antes de morir, y para manifestarle con toda verdad que no existe en el mundo nadie que tenga tanto celo y ardor por su servicio y sus intereses como los que tengo yo. Movidado por estos sentimientos deseo emplear y gastar lo que me resta de vida. Le ruego muy humildemente, Sire, que nos honre con su soberana protección, y que continúe dispensándonos el honor de sus gracias y favores. Lo espero de su maravillosa bondad que regocija y cautiva los corazones de los que tienen el honor de hablar a su Majestad, pues nadie sale de su presencia sin haberse sentido colmado de gozo y consuelo”.

Luego de escuchar esto el Rey me dijo:

“Estoy contento de verlo. Me han hablado de usted. Estoy convencido de que hace mucho bien en mis Estados; continúe trabajando como lo viene haciendo. Gustoso espero volver a verlo, y le serviré y lo protegeré en todas las ocasiones que se presenten”

Estas fueron las palabras del Rey. Me llenaron de indecible satisfacción. El señor arzobispo de París las escuchó, lo mismo que todos los señores que se encontraban presentes, y que se admiraron de ver a tan gran Rey hablando con tanta amabilidad y bondad al último de todos los hombres.

Luego fui a decir la Misa donde los Recoletos, quienes me llevaron a comer con los capellanes y me recibieron con gran bondad y caridad.

Escriba a todos los superiores de nuestras casas de mi parte, y dígalos que les pido tres cosas: la primera, hacer una octava de acción de gracias a Nuestro Señor y a su santísima Madre por el buen término de este asunto; la segunda, orar mucho por el Rey y por toda la casa real, por los obispos de París y de Coutances, y demás; la tercera, tomar una vigorosa resolución de servir y amar en adelante a nuestro benignísimo Salvador y a su muy buena Madre, con mayor fervor que hasta ahora, mediante la práctica de las santas virtudes...

93. Al Padre Raúl de Bon, superior del seminario de Evreux

16 de febrero de 1680

En lo que toca a las mil doscientas libras, en primer lugar hay que sacrificarlas a Dios; en seguida, me parece que usted debe hacer celebrar una novena de misas de difuntos por las almas del Purgatorio, para obtener por su intercesión poderlas recobrar.

94. A un superior de misioneros, sobre la conducta que se ha de observar en las misiones

Debe consolarlo y animarlo saber que Nuestro Señor está con usted (en sus misiones) de manera especial, según lo prometió: *Estaré con ustedes todos los días* (Mt 28, 20). No solo está con nosotros sino que está en usted para continuar allí la misma obra de redención de las almas, que comenzó por sí mismo. Permanezca también en él, muy amado hermano, y con este fin, esfuércese por salir de sí mismo y renunciarse fuertemente a sí mismo, y acogerse a él; dese a él enteramente, puesto que fuera de él no puede nada, y con él todo lo puede. Recuerde que predicar es hacer hablar a Dios, y por consiguiente quien predica debe anonadarse para que Dios sea todo en él. Tenga, pues, sumo cuidado de anonadarse a los pies de Nuestro Señor antes de subir al púlpito, y entréguese a él suplicándole que él mismo lo anonade y se establezca en usted a fin de que sea él mismo quien hable, pues solo a él pertenece anunciar la palabra de su Padre.

Procure también, muy querido hermano, hacer siempre un poco de oración, recitar debidamente el breviario y celebrar la misa.

Le ruego que cuide su salud, y por ello le suplico no predicar más de una hora; le recomiendo igualmente la salud de nuestros queridos hermanos; con este fin, haga que todos regresen de la iglesia a la misma hora, para tomar su alimento comunitariamente; que los de salud frágil digan la misa temprano y sobre todo que se retiren a las nueve de la noche, a tomar el necesario reposo.

Recomiéndeles a menudo la piedad interior y la modestia exterior, y darse a menudo a Nuestro Señor, para hacer su labor en su espíritu, es decir, con las disposiciones interiores y exteriores con las que él hacía todas sus acciones mientras estuvo en la tierra. Suplico a todos que se entreguen a él fuertemente para hacer las acciones divinas, quiero decir las funciones sacerdotales *digne Deo*, para tratar a los pecadores con espíritu de caridad y bondadosamente, y para vivir y tratarse mutuamente con respeto y amor fraterno, *no buscando los propios intereses sino los de los demás* (Fp 2, 4). Sobre todo les pido tener en horror extremo y huir más que la muerte y el infierno las mínimas sombras de ese vicio abominable que no está permitido ni siquiera nombrar, y para ello, tratar a las personas del otro sexo con gran recato.

Bendigo a Dios infinitamente por todas las gracias que les da en sus misiones. Si en la que están no tienen mucha afluencia de gente no se

desanimen por eso; si al principio hay pocos, habrá muchos más después. Y sobre todo recuerden que una sola alma vale un mundo ante Dios, y que Nuestro Señor se detuvo para predicar a una sola mujer; además es necesario dar muerte a la vanidad y al amor propio que se mezclan incluso en las obras de Dios. Tengan cuidado, sin embargo, de poner sumo empeño en la preparación de sus predicaciones; pues es precisamente entonces cuando hay que aportar más diligencia y fervor.

95. Al superior del seminario de Coutances sobre la fiesta del santo Corazón de María

Le agradezco el inmenso consuelo que me trajo su carta. Me llenó de gozo que la fiesta del santísimo Corazón de nuestra Madre admirable fuera tan solemnemente celebrada y que el obispo de Coutances hizo y prometió repetirlo el año entrante. Por ello doy gracias infinitas a Nuestro Señor y a su santísima Madre.

96. A un superior sobre la manera de celebrar la santa Misa

Ruego a cada uno de nuestros queridos hermanos decir la misa con suma aplicación de espíritu y de corazón a tan grande y divino misterio; no apresurarse jamás y pronunciar bien todo lo que se dice en el altar.

97. Al superior de una de sus casas, sobre desconfiar de sí mismo y recurrir frecuentemente a Nuestro Señor

Recurramos a menudo a nuestro oráculo, que es Nuestro Señor en el Santísimo Sacramento, para rogarle que nos conduzca y dirija en todos nuestros caminos; reconozcamos que somos solo tinieblas, y que tenemos extrema necesidad de desconfiar de nosotros mismos y de recurrir de continuo a la luz de su gracia.

98. Al superior de uno de sus seminarios sobre a confianza en Dios

Se me vino a la mente un medio para encontrar ayuda; lo he comunicado a sus amigos que lo han aprobado. Sin embargo no me apoyo en él totalmente; pero si es del agrado de Nuestro Señor, sabrá utilizarlo; de otro modo, que se cumpla su santa voluntad. Solo en él hay que poner nuestro apoyo y nuestra confianza. Sin embargo, es su querer que de nuestra parte hagamos todo lo que nos sea posible.

99. Al mismo superior en cierta ocasión

Nos guarde Dios de apoyarnos en algo distinto a su infinita bondad. No esperemos nada, no aguardemos nada, no queramos nada distinto de él; y sólo en él depositemos toda nuestra seguridad y confianza.

100. Al superior del seminario de Ruan, sobre la necesidad de hacer cada día una hora de oración

Mi querido hermano, sin oración es imposible que una Congregación permanezca en el espíritu de piedad y de virtud que le es necesario para ser del agrado de Dios y para servir útilmente a la Iglesia. Hacer solo media hora de oración y no hacer nada es casi lo mismo. Sin embargo, nada hay tan necesario a los eclesiásticos; no conozco seminario donde no se haga una hora entera. Si se quiere de todos modos establecer media hora para los seminaristas, le ruego hacer de tal modo que nuestros hermanos hagan siempre una hora entera; de otro modo sería preferible abandonar el seminario.

101. Al superior de una de sus casas para pedirle que se ore por los pobres que tienen procesos

Le ruego que mande hacer una novena de misas y de rosarios por todos los que tienen procesos justos y que son pobres indefensos; roguemos así que Nuestro Señor sea él mismo su juez, la santísima Virgen su abogada, san José su procurador, y san Gabriel su solicitante.

102. A un superior que había descuidado celebrar un día recomendable en la Congregación por un favor recibido de Dios

¿Es posible, mi querido hermano, que usted tenga tan poca estima y afecto hacia esta gracia que le es bien conocida? Le confieso que sentí y siento todavía un dolor que no puedo expresar. Le ruego, y a todos los demás también, reparar esa falta lo mejor que les sea posible. Con este fin, dé orden que el primer día vacante, luego de recibir esta carta, se celebren misas votivas, una del Espíritu Santo, otra de la Santa Cruz, otra de la santa Virgen, y que se cante una de la santa Virgen; todo en acción de gracias por los favores que Dios nos ha hecho y en satisfacción del descuido que hemos tenido; y en el futuro, que se haga lo mismo cada año.

103. A un superior sobre la manera de dirigir a los súbditos

Siempre use de amabilidad y cordialidad para con todos. Es de esa manera como entre nosotros se debe gobernar. Tal es el espíritu de nuestro Padre y de nuestra Madre, de quien se dijo: *Mi Espíritu es más dulce que la miel.*

104. Aun superior que rehusaba dejar partir a un Padre que el P. Eudes pedía

Si usted persiste en su pasión y en su desobediencia, me quejaré ante Nuestro Señor y ante su divina Madre, y tengo gran confianza de que ellos proveerán, y que no permitirán que usted eche a perder y a desfigurar su Congregación.

Solo movido por la caridad me he sentido obligado a escribirle esto. Le ruego, mi muy amado hermano, por el sagrado Corazón de nuestro benignísimo Padre y de nuestra muy amada Madre, que haga buen uso de esta oportunidad y la reciba con espíritu de humildad, de sumisión y de caridad.

105. A un superior demasiado exigente con los enfermos

La parte espiritual de una comunidad no sufre jamás daño alguno cuando no se hace lo que Dios quiere que no se haga. Pues bien, Dios no quiere que se observen normas cuando es imposible practicarlas por causa de debilidad o de enfermedad. No queramos hacer más de lo que Dios quiere. Hagamos lo que nos es posible, mi muy querido hermano, sin turbarnos y sin inquietarnos, sometidos con paz y con tranquilidad a lo que nos manda su muy adorable voluntad.

106. Aun miembro de la Congregación; el Padre Eudes manifiesta su caridad para con un enfermo

Doy mi abrazo cordial a nuestro querido enfermo, con el amor sagrado del santísimo Corazón de Jesús y María, y le ruego que se regocije y bendiga a Dios por las gracias que él le ha hecho, abandonándose totalmente a su muy adorable voluntad, y confiando enteramente en su infinita bondad. Suplico de todo corazón al muy amado Jesús y a su muy bondadosa Madre que le den su sagrada bendición, no para morir sino para que se sane y pueda vivir, a fin de ganarles todavía muchas almas que

los bendigan eternamente. Con esta intención, en el nombre y de parte del Hijo y de la Madre, y con la fuerza de su divino Corazón, yo pronuncio estas palabras sobre nuestro muy amado hermano: *Con su divino Hijo nos bendiga la piadosa Virgen María.*

107. A uno de sus hijos al comienzo de un nuevo año

Dios nos conceda la gracia de emplear perfectamente este nuevo año en su servicio y en el de su santísima Madre, con tanto cuidado y fidelidad como si fuera el último de nuestra vida. Deseo hacerlo con todo mi corazón. Con este fin me he recogido en la soledad, para practicar allí con la ayuda de Dios, un buen retiro tanto tiempo cuanto me sea posible. Ayúdeme, mi muy querido hermano, con sus santas Misas.

108. A un Padre de la Congregación para anunciarle que olvida sus errores pasados

Me encuentro en Evreux donde recibo su carta que me hubiera regocijado mucho si hubiera hallado, en lugar de un largísimo discurso, esta palabra de humildad: *Pequé.* Todo el mundo sabe que Usted llevó al Padre... Pero no hablemos más de esto. Basta ya, mi muy querido hermano; le confieso que mi corazón es del todo suyo muy sincera y verdaderamente.

109. Aun hermano que se encontraba en misión sobre las persecuciones de era objeto

Mientras usted, donde está, combate la bestia de siete cabezas y diez cuernos, ella se esfuerza por hacernos aquí la guerra. Pero gracias a Dios, no logra quitarnos la paz. Dios otorga paz perfecta a quienes no quieren ser, ni tener, ni hacer sino lo que él quiere, precisamente porque quieren ser, tener y hacer solo lo que él quiere. Y además, me entiendo bien con mis bienhechores pues he resuelto tomar partido contra mí mismo y contra mis pecados, pues considero que tienen razón de querer destruir a un pecador que merece la cólera de Dios y de todas sus criaturas, con tal que hagan lo que hacen con el celo de la divina justicia y en el espíritu de la caridad cristiana. Es lo que propongo creer.

110. A los sacerdotes de la Congregación sobre el cumplimiento de la divina voluntad

Cumplir la voluntad divina es la única finalidad por la que estamos en este mundo, es nuestra única ocupación, y nuestro *unum necessarium*. Lo pedimos a diario a Dios cuando decimos: *Fiat voluntas tua sicut in caelo et in terra*. Es nuestro centro y nuestro elemento, en el que encontraremos nuestro auténtico reposo y la vida verdadera. Pero para que la divina Voluntad reine en nosotros y nos conduzca, es absolutamente necesario renunciar a la propia voluntad que le es tan contraria a ella como el diablo es opuesto a Dios. Con la ayuda divina, debemos esforzarnos por ponerla bajo nuestros pies, aplastarla como a una serpiente y como al Anticristo, persuadidos de que no hay nada en nosotros que ponga tanto obstáculo al cumplimiento de la divina Voluntad como nuestra propia voluntad.

111. A uno de sus hijos sobre la obediencia

La obediencia perfecta es pronta y no necesita muchas razones y discursos para dejarse persuadir. ¿Qué pasaría si cuantas y tantas veces es necesario disponer de alguien para que cambie de casa o para asignarle un empleo, cada uno escuchara su naturaleza y sus inclinaciones?

112. A algunos de sus sacerdotes durante una misión sobre la devoción a la santa Virgen

Por encima de todo les encarezco, mis muy amados hermanos, que honren y hagan honrar de todas las formas posibles, a nuestra muy buena y amada Madre, la sacrosanta Madre de Jesús, la amadísima de Dios, y el consuelo de los afligidos.

113. A un sacerdote de la Congregación sobre las cruces

Sea bendito por siempre Jesús por la parte de su cruz que le place darnos. ¡Cuándo podremos decir con verdad: *Líbrenos de gloriarnos si no en la cruz del Señor nuestro Jesucristo, por quien el mundo está crucificado para nosotros y nosotros para el mundo!* (Ga 6, 14). ¡Cómo es de verdadero que nada hay en el mundo que podamos desear más sino estar con Jesucristo enclavados en ella! Abracemos de corazón nuestras cruces,

muy querido hermano, y esforcémonos por llevarlas en el espíritu de nuestro muy adorable Crucificado.

114. A un sacerdote de la Congregación para indicarle la respuesta que debe dar a una carmelita de Caen que creía haber recibido la inspiración de cambiar de comunidad

Por respuesta, dígame que la exhorto a seguir el ejemplo de su santa madre santa Teresa, quien habiendo recibido un mandato de la propia y auténtica boca de Nuestro Señor, para ir a hacer una fundación, que era para ella mucho más importante que el cambio de convento; habiéndolo declarado a su superior, éste le impidió hacerlo y la obligó a ir a otra parte, lo que ella obedeció de inmediato, no solo sin acusarlo de resistir a la voluntad de Dios, sino incluso sin abrir la boca para hacer alguna réplica ni instancia. En seguida Nuestro Señor le dijo que ella le había sido más agradable al obedecer así a su superior que si hubiera ido a hacer la fundación. Que la Hermana Santa Ana permanezca tranquila donde está, siguiendo este ejemplo, hasta que yo vaya a Caen para examinar la cuestión más de cerca. En esto veo muchas cosas que me parecen contrarias al espíritu de Dios. Es posible que me equivoque, pero prefiero profundizar esto en el lugar. La obediencia nada deteriora. Es posible que la joven se engañe siguiendo sus revelaciones, pero no se engañará nunca si obedece.

115. Al superior del seminario de Coutances, sobre la confianza en Dios en medio de las pruebas

Dejé en Lisieux a todos nuestros hermanos, tanto eclesiásticos como laicos, enfermos, menos dos. Sin embargo esto no abate mi ánimo, gracias a Dios, porque yo contemplo la divina Voluntad que todo lo hace y lo hace bien. Tengo suma confianza en Nuestro Señor en su santa Madre, que no nos abandonarán, y que proveerán a todo de la manera que les parezca más agradable. Gracias a Dios, eso es lo que quiero.